
PSICOLOGÍA EVOLUCIONISTA Y PSICOLOGÍA POSITIVA: CONVERGENCIAS POSIBLES.

Evolutionary psychology and Positive psychology: Possible convergences.

Psicologia evolucionista e Psicologia positiva: Convergências possíveis.

RECIBIDO; 30 de agosto 2020

ACEPTADO 11 de Junio 2021

José E. García^a

a. Universidad Católica. Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas, Departamento de Psicología, Sede “La Providencia”, Mariscal López entre Fulgencio Yegros y Vicente Ignacio Iturbe, Asunción, Paraguay ID orcid.org/0000-0001-6949-3593

RESUMEN

Palabras Clave: Psicología evolucionista; Psicología positiva; Evolución del comportamiento; Fortalezas del carácter; Convergencias teóricas.

Keywords: Evolutionary psychology; Positive psychology; Behavioral evolution; Character strengths; Theoretical convergences.

Palavras-chave: Psicologia evolucionista; Psicologia positiva; Evolução do comportamento; Forças de caráter; Convergências teóricas.

La psicología evolucionista y la psicología positiva figuran entre las dos orientaciones recientes que han ganado mayor impacto e influencia en la psicología moderna. La primera está basada en los principios de la selección natural y la selección sexual elaboradas por el naturalista británico Charles Darwin hace poco más de un siglo y medio, y asume que muchos comportamientos humanos típicos son adaptaciones cognitivas a entornos ambientales ya inexistentes pero que se produjeron durante la historia filogenética de la especie, contribuyendo a la supervivencia de ésta. La psicología positiva plantea que la ciencia psicológica, a lo largo de más de un siglo de trayectoria académica, ha estado centrada casi con exclusividad en los problemas patológicos e insanos del comportamiento, descuidando en demasía los aspectos favorables como la felicidad, la virtud, el amor y las emociones positivas. Aunque provienen de tradiciones divergentes y aparentemente incompatibles en muchos aspectos, ambas presentan una serie de temáticas complementarias que podrían conducir a una eventual integración de los dos modelos. El objetivo principal de este trabajo es proponer algunas ideas que puedan servir como ejes para desarrollar una integración en el plano de la teoría y la investigación. Este propósito, al mismo tiempo, podría contribuir al logro de una mayor homogeneidad conceptual en el disperso campo de la psicología. El artículo es de carácter teórico, con una revisión de las fuentes relevantes para la discusión de los problemas planteados.

Correspondencia: José E. García, Casilla de Correo 1839, Asunción, Paraguay. Dirección electrónica: josemiliogarcia@hotmail.com.



Publicado bajo licencia Creative Commons Reconocimiento 3.0. (cc-by).

ABSTRACT

Evolutionary psychology and positive psychology are among the two recent trends of greater impact and influence in modern psychology. The first one is based on the principles of natural selection and sexual selection developed just over a century and a half ago by the British naturalist Charles Darwin and assumes that typical human behavior are cognitive adaptations to environments already nonexistent but that were present in the species' phylogenetic history, contributing to its survival. Positive psychology asserts that psychological science, over a period of more than a century of academic history, has been focused almost exclusively on the pathological problems and unhealthy behavior, neglected too many constructive aspects such as happiness, virtue, love and positive emotions. Although they come from divergent and seemingly incompatible traditions in many aspects, both present a series of complementary aspects that could lead to an eventual integration of the two models. The main objective of this paper is to propose some ideas that could serve as elements in order to develop integration both at the level of theory and research. This purpose, at the same time, could contribute to the achievement of a higher conceptual homogeneity in the dispersed field of psychology. The article is theoretical, with a review of the relevant sources for the discussion of the raised problems.

RESUMO

A psicologia evolucionista e a psicologia positiva figuram entre as duas orientações recentes que têm ganhado maior impacto e influência na psicologia moderna. A primeira está baseada nos princípios da seleção natural e a seleção sexual elaboradas pelo naturalista britânico Charles Darwin há pouco mais de um século e meio e assume que muitos comportamentos humanos típicos são adaptações cognitivas a meios ambientais já inexistentes mas que se apresentaram durante a história filogenética da espécie, contribuindo a sua sobrevivência. A psicologia positiva propõe que a ciência psicológica, ao longo de mais de um século de trajetória acadêmica, tem estado centrada quase com exclusividade nos problemas patológicos e insanos do comportamento, descuidando em demasia os aspectos favoráveis como a felicidade, a virtude, o amor e as emoções positivas. Ainda que provem de tradições divergentes e aparentemente incompatíveis em muitos aspectos, ambas apresentam uma série de temáticas complementares que poderiam conduzir a uma eventual integração dos dois modelos. O objectivo principal deste artigo é propor algumas ideias que possam servir como eixos para desenvolver uma integração no plano da teoria e a investigação. Este propósito, ao mesmo tempo, poderia contribuir a alcançar uma maior homogeneidade conceptual no disperso campo da psicologia. O artigo é de carácter teórico, com uma revisão das fontes relevantes para a discussão dos problemas propostos.

Introducción

Si tuviéramos que escoger entre las orientaciones de mayor impacto y relevancia surgidas en el seno de la psicología en los últimos veinte a treinta años, son dos las que sobresaldrían con mayor consistencia: la psicología evolucionista y la psicología positiva. Ambas, producto de la investigación académica estadounidense, derivan de un conjunto de perspectivas teóricas separadas que, en apariencia, mantienen pocos puntos en común, excepto quizás su procedencia de la misma comunidad científica y su declarado propósito de superar muchas de las limitaciones encontradas en los planteamientos anteriores que se conocieron en la psicología. Las dos han centrado sus búsquedas, investigaciones y desarrollos teóricos por caminos distintos, cuando no necesariamente opuestos. Sin embargo, es posible que sus diferencias y eventuales discordancias se hayan exacerbado en mayor medida de lo necesario, como ha sucedido con la mayoría de las demás líneas psicológicas surgidas y defendidas durante más de un siglo. Desde luego, esto no implica ignorar el reconocimiento de las discrepancias que persisten entre muchos de los diversos marcos de análisis que estudian la complejidad de los procesos cognitivos humanos. Pero los esfuerzos por encontrar patrones de unificación que surgieron en las últimas décadas (Ardila, 2003; Goertzen, 2010; Henriques, 2011; Kimble, 1996; Staats, 1991; Sternberg & Grigorenko, 2001) nos fuerzan a un replanteo sobre la conveniencia de perpetuar el estado de atomización teórica que hoy afecta a las ciencias del comportamiento.

No obstante, los intentos por acercar posiciones entre estas dos formas de concebir la psicología comenzaron a manifestarse en tiempo reciente, pero no necesariamente de la una hacia la otra, sino de cada una de ellas hacia otros esquemas psicológicos dispares. Friedman (2008), por ejemplo, estima que tanto la psicología positiva como la psicología humanista se encauzan hacia intereses similares, pero se diferencian en su epistemología y metodología. Los psicólogos

humanistas tienden a preferir las aproximaciones cualitativas en tanto los psicólogos positivos se sienten más acordes con la metodología cuantitativa. La psicología humanista favorece una epistemología pos-positivista, mientras la psicología positiva se compagina mejor con el positivismo lógico. Hackney (2007) también analiza la posibilidad de fusionar a la psicología positiva con la teología, para dar lugar a lo que llama una *psicología positiva cristiana*. Genovese (2007), por su parte, argumenta en favor de una convergencia entre la psicología evolucionista y el análisis experimental del comportamiento, tarea que presume factible en atención al compromiso demostrado por ambas hacia el estudio científico de la conducta humana. Y hace algunos años Buss (1991) sugirió que la robustez y consistencia logradas por el modelo de los cinco factores de la personalidad de los estadounidenses Robert McCrae y Paul Costa, que asume en cuanto componentes básicos a la surgencia o extroversión, la amabilidad, la conciencia o responsabilidad, la estabilidad emocional y la apertura a la experiencia (McCrae & Costa, 1996, 2003), podrían verse como estrategias fundamentales que los humanos perfeccionamos para hacer frente a algunos de los fines específicos de la especie, sintetizando las dimensiones de mayor importancia supervivencial en el paisaje social al que tuvimos que acomodarnos durante los tiempos remotos.

En años recientes varios autores han planteado, con grados diversos de profundidad, así como énfasis y alcances distintos, la posibilidad de establecer el enfoque evolucionista como un esquema unificador para las ciencias del comportamiento (Buss, 1999; Gintis, 2007) o asignarle el rol de una metateoría para unir las diferentes áreas de la disciplina (Ploeger, 2010; Ploeger, van der Maas & Raijmakers, 2008). La perspectiva evolucionista de Darwin también se ha sugerido como un proyecto integrador, pero en el contexto de la psicología comparada (Tolman, 1989). Esta clase de propuestas se fundamentan en el hecho de que los procesos evolutivos y las determinaciones que inciden tanto sobre la filogenia como en la ontogenia del comportamiento, así como las acciones de los factores genéticos y los eventos ambientales, atraviesan todos los diversos problemas que de ordinario enfrenta la psicología como parte de su rutina investigadora y en la elección de sus objetos de estudio. Este artículo busca aportar elementos adicionales para esta amplia y compleja discusión, señalando algunos puntos comunes entre la psicología evolucionista y la psicología positiva. Para ello se proponen los siguientes objetivos: 1) Discutir los fundamentos de la psicología evolucionista y sus principales campos de indagación, 2) Exponer los principios que sustentan a la psicología positiva y sus áreas focales más relevantes, 3) Establecer los términos básicos para un análisis de las posibles convergencias que surgen entre los dos campos, detallando los puntos más probables para un acercamiento teórico y metodológico y 4) Señalar algunas de las áreas de investigación conjunta que surgen entre los dos enfoques. Se procede a una discusión de fuentes publicadas, analizando de manera selectiva aquellas que sirven para respaldar los argumentos presentados. Para iniciar, sintetizaremos brevemente los orígenes de la psicología evolucionista, sus argumentos teóricos y algunas de sus líneas de investigación principales.

La psicología evolucionista

Las primeras vinculaciones del pensamiento darwiniano con el estudio sistemático del comportamiento se perfilan desde fechas muy anteriores al momento de inicio de la psicología evolucionista en cuanto tal. El naturalista inglés Charles Darwin (1809-1882), cuyas publicaciones sobre el origen de las especies por vías de la selección natural (Darwin, 1859) y la descendencia del hombre (Darwin, 1871) fueron dadas a conocer durante la segunda mitad del siglo XIX, constituyen el soporte fundamental para el sostenimiento teórico y empírico que generó la nueva aproximación. La conceptualización sobre los comienzos, evolución, cambio y adaptación de las especies animales a su entorno desbordaron ampliamente los contornos estrictos de las ciencias de la vida y se proyectaron en casi todos los ámbitos de la cultura. A su paso dejaron muchos debates memorables y con frecuencia agriados, en ocasiones hasta algo virulentos, como las famosas polémicas en las que Thomas Henry Huxley (1825-1895), amigo dilecto del fundador de la teoría y bautizado como el *bulldog de Darwin* por su temible, brillante y satírica oratoria, tomó parte activa. Darwin publicó en 1872 otra obra de considerable relevancia pero que por cierto tiempo pasó relativamente desapercibida. Era *La expresión de las emociones en los animales y el hombre* (Darwin, 1872), cuyas repercusiones para la psicología resultan obvias, habida cuenta su énfasis en las emociones, que constituyen su tema principal, así como el supuesto que, tan importante como la forma física para la supervivencia del animal, son los hábitos característicos que exhibe la especie. Esta afirmación, inclusive, llevó a algunos académicos (Fernández Rodríguez, 1984) a sostener que Darwin es uno de los verdaderos creadores de la psicología. De hecho, y desde los inicios mismos de su teorización, él se mostró interesado en los procesos mentales de la especie humana (Richards, 2003). Y aunque los aportes del naturalista británico siempre fueron visualizados con mayor fuerza en el plano de los cambios biológicos, Pérez, Gutiérrez & Segura (2007) documentaron que también se encuentran observaciones muy significativas

durante el viaje en el *Beagle*, la nave en que realizó su extensa travesía de siete años alrededor del mundo. Estos datos comportamentales jugaron un papel fundamental en el desarrollo posterior de la teoría. La obra de Darwin tuvo connotaciones importantes en diversos ámbitos de la filosofía, tanto a nivel de la teoría del conocimiento o epistemología como del estudio de la moralidad o la ética (Ruse, 2008).

Muchos autores que trabajaron en la parte final del siglo XIX y comienzos del XX ejemplificaron esta relevancia privilegiada de la evolución para la ciencia psicológica. Ya en vida de Darwin, algunos investigadores británicos como George Romanes (1848-1894), un biólogo y amigo personal que incluso frecuentó su casa en algunas ocasiones (Boakes, 1989) y Conwy Lloyd Morgan (1852-1936), también destacado naturalista inglés, aplicaron los principios evolutivos con metodologías diferentes y abrieron el campo de la psicología comparada, es decir el estudio del comportamiento animal, que permanece como uno de los más activos y congruentes para las aplicaciones de la teoría al ámbito de la psicología (Morgan, 1896; Romanes, 1884). En los Estados Unidos, autores como Herbert Spencer Jennings (1868-1947) estudiaron las respuestas automáticas en los órdenes inferiores de organismos y descubrieron vínculos entre la estimulación física y química (Spencer Jennings, 1906). Quienes representaban la psicología en las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX en aquel país, también absorbieron los principios rectores de la evolución y los incorporaron a sus respectivas elaboraciones teóricas, aunque variando ampliamente en las temáticas. Esto se aplica en especial a la escuela funcionalista, cuyo propósito era esclarecer las funciones que cumplen los procesos mentales dentro del esquema evolutivo, tomando muy en serio las directrices trazadas por Darwin.

El funcionalismo significó un esfuerzo por modelar la psicología sobre la matriz conceptual que representaba la teoría darwiniana (Green, 2009). Entre sus representantes principales estaba James Mark Baldwin (1861-1934), quien fue uno de los iniciadores de la psicología del desarrollo (Baldwin, 1895). También acuñó el concepto de *selección orgánica* e inició una nueva forma de entender el proceso evolutivo que fue conocido como el *efecto Baldwin*, donde se enunciaba que ciertos factores epigenéticos determinan los atributos congénitos con tanta o más fuerza que la propia selección natural (Baldwin, 1896). Él se esforzó por determinar el papel jugado por el comportamiento en la evolución, un aspecto que habitualmente es ignorado por los otros modelos que han encarado la selección orgánica (Loredo, 2004). Este principio ha sido muy revalorizado en los últimos años, de manera que en la actualidad muchos autores apelan a él para dar cuenta de la evolución de la cognición y el lenguaje (Longa, 2009). Implícita en la formulación del *efecto Baldwin* se encuentra la idea de que el aprendizaje puede tener un impacto sobre la dirección y la velocidad que toma el cambio evolutivo (Longa, 2006). Otros exponentes de la psicología en habla inglesa como William James (1842-1910) y William McDougall (1871-1938) asimilaron el punto de vista evolucionista en sus respectivos trabajos, particularmente en lo concerniente a la importancia del instinto y los hábitos. Los *Principios de Psicología* de James (1890) abundan en observaciones de tenor darwiniano, mientras McDougall (1912) desarrolló una psicología social muy diferente en forma y contenido a los modelos que prevalecen actualmente, pues se hallaba fundamentada en la fuerza motivacional del instinto. Y aunque no haya favorecido la idea de una continuidad comportamental directa entre las diferentes especies animales y el hombre (García, 2015a), llegando a conformar un *conductismo no continuista* (Logue, 1978), el fundador de esa tradición, John B. Watson (1878-1958), también demostró haber recibido algunas sensibles influencias del pensamiento darwiniano en los planteamientos básicos que sostuvieron su psicología comparada (Watson, 1914).

Sería muy extenso referirse a todos y cada uno de los autores y tendencias psicológicas que agregaron componentes varios del darwinismo a sus constructos básicos. Orientaciones conceptuales tan divergentes como el psicoanálisis de Sigmund Freud (1856-1939) y la psicología genética de Jean Piaget (1896-1939) fueron claramente receptivas a los preceptos evolucionistas, aunque las incorporaron con grados variables de profundidad. Las afirmaciones de Freud de que las energías psíquicas del *ello* se intercambian fluidamente con las fuerzas biológicas y corporales, y que fueron graficadas en prosaicos dibujos por el mismo Freud, tienen idéntica connotación, lo mismo que las alusiones de Piaget a la adaptación y asimilación de los procesos cognitivos, que forman el cimiento de todos los procesos de aprendizaje. Antes de promediar el siglo se dio un paso muy importante desde posicionamientos afines a la biología, cuando el austríaco Konrad Lorenz (1903-1989) fortaleció la ciencia de la *etología*. El gran pionero en este campo fue el biólogo inglés Douglas Spalding (1841-1877), que en 1872 publicó un memorable trabajo sobre el instinto en la revista *Nature* (Thorpe, 1982). Alvarez (1994), asimismo, destaca el rol del zoólogo estadounidense Charles Otis Whitman (1842-1910). La etología comparte con la psicología comparada la finalidad de estudiar el comportamiento animal, pero no reposa sobre los experimentos de laboratorio sino en la observación

naturalista directa. Sus procedimientos consisten en la recolección de los datos y su respectivo análisis, usando la estadística descriptiva o cálculos de mayor complejidad en orden a someter las respectivas hipótesis a prueba (Lehner, 1996). Esta diferencia metodológica, junto al énfasis en la conducta instintiva por una de ellas y del aprendizaje en la otra, constituyen el germen de largas y ásperas disputas. Siguiendo los pasos de esta misma tradición, la moderna etología cognitiva busca descubrir cuán ampliamente se halla distribuido el fenómeno mental en la naturaleza (Allen & Bekoff, 1997). La etología ha tenido aplicaciones muy amplias, incluyendo el ámbito del comportamiento humano, como ser la descripción, explicación y eventual prevención de la enfermedad mental (Fernández Ríos, 1987).

Pero es en la segunda mitad del siglo XX que se produce el paso más significativo para una incorporación programática y consistente del evolucionismo al estudio sistemático del comportamiento, bajo la denominación de *sociobiología*. A mediados de la década de 1970, el zoólogo estadounidense Edward O. Wilson (1929-) y sus colaboradores defendieron la idea de que el comportamiento social se halla determinado por los procesos evolutivos transmitidos a través de la herencia biológica, con un especial apelativo a los factores genéticos como principales fuentes de causalidad (Wilson, 1998). Muchos percibieron a la sociobiología como una disciplina interesada únicamente en el comportamiento humano, aunque este es uno de muchos malentendidos y errores que han rodeado a esta orientación desde sus comienzos. La gran mayoría de los sociobiólogos actuales conducen sus investigaciones con especies diferentes a la humana (Alcock, 2001). De acuerdo con Galarsi (2011), se asume que los genes no predeterminan sino únicamente predisponen al desarrollo de capacidades comportamentales específicas que se activan durante el proceso del desarrollo. Y aunque esta disciplina ha perdido algo de su fuerza en las últimas décadas, mantiene sus defensores y una agenda activa en los campos de investigación que le conciernen directamente.

Finalmente, la denominación de *psicología evolucionista* fue utilizada por primera vez en un capítulo escrito por el antropólogo estadounidense John Tooby a mediados de la década de 1980 y que anunciaba el surgimiento de la nueva disciplina (Tooby, 1985). En ese trabajo, se argumenta una posición que llegaría a ser muy representativa: la que dicta que todos los rasgos innatos humanos son el fruto directo del proceso evolutivo. Por este motivo, la psicología evolucionista implica la exploración de los mecanismos que controlan el comportamiento gracias a las características naturalmente seleccionadas. De igual manera, Tooby & DeVore (1987) enfocaron el problema de la reconstrucción de la evolución comportamental de los homínidos y reconocieron la dificultad inherente al problema, dado que la observación directa de seres extintos es imposible y la evidencia fósil y arqueológica, aunque existente, resulta muy escasa. Proponían enfocar el problema a través de un modelado estratégico que incorporaba la exploración de los patrones de homología con los primates, las singularidades presentes en los humanos modernos, el registro paleontológico y arqueológico y nuestro conocimiento de los habitantes antiguos del planeta.

Evidentemente, aunque el comportamiento humano no fosiliza, las tácticas propuestas habrían de servir, muchas veces por medio de complejas analogías, para descubrir los procesos centrales que se hallan involucrados en la evolución comportamental. Tooby & Cosmides (1989a) observaron que el comportamiento es la combinación simultánea de todos los mecanismos psicológicos activados en cualquier animal en un momento dado. Por lo tanto, un cambio en alguno de ellos puede afectar la interacción combinada de los demás, lo que convierte a este nivel en el de mayor variabilidad entre las especies. Estos enfoques y otros semejantes que se intercalan dentro del marco intelectual del darwinismo moderno se han vuelto cada vez más corrientes en la psicología actual, al punto que un autor como de Waal (2001) proclamó la *inevitabilidad* de la psicología evolucionista, y otros como Manrique Tisnés (2011) la consideran un nuevo paradigma al estilo propugnado por el filósofo estadounidense Thomas Kuhn (Kuhn, 1970). De acuerdo a esta perspectiva, la psicología evolucionista suplantó la idea del ser como *permanencia* a una visión contraria del ser como *cambio*, trascendiendo la inmovilidad absoluta de Parménides a la movilidad perpetua de Heráclito.

Otros puntos de vista, aunque no rechazan la aproximación evolucionista, sostienen que los principios centrales del modelo requieren algunas modificaciones a la luz de nuevos descubrimientos realizados en la genética humana, biología evolucionista, neurociencia cognitiva, psicología del desarrollo y paleoecología (Bolhuis, Brown, Richardson & Laland, 2011). Y no faltan quienes advierten, con toda razón, la enorme dificultad en que radica el determinar si un comportamiento ha surgido verdaderamente como resultado de la evolución o es un simple producto del aprendizaje. La psicología evolucionista, por este motivo, tiene la obligación de ser extremadamente prudente con sus deducciones, realizándolas con precaución y

agudeza, para no caer en inferencias espurias e inútiles (Restrepo, 2008). Críticos de diverso tenor y seriedad la han calificado con los más diversos adjetivos, como *psicología mal adaptada* (Richardson, 2007), fundamentalismo darwinista (Swami, 2007), reduccionista y determinista, racista y sexista, y hasta de francamente maligna (Geher, 2006). Es un hecho que, pese a su continua difusión en los últimos años, la perspectiva evolucionista ha sufrido el impacto de algunos malentendidos o interpretaciones incorrectas que Leger & Kamil (2001) resumen en cinco cuestiones esenciales: a) la falacia naturalista, es decir, el pensamiento que identifica lo natural como inherentemente bueno, y lo innatural como típicamente malo; b) la idea que *evolucionado* significa *inflexible*, es decir, ajeno por completo a cualquier cambio o variabilidad; c) la confusión entre las causas próximas y las causas últimas del comportamiento; d) las tergiversaciones respecto a la naturaleza de la adaptación, debido a que muchos psicólogos no se encuentran familiarizados a pensar en esos términos con relación a los efectos del medio ambiente y e) la visión de la mente que opera sobre un propósito general versus el punto de vista de los múltiples dispositivos. La metodología de la psicología evolucionista tampoco ha salido indemne a las críticas, habiéndose difundido la opinión que sus postulados son obvios y no falsables. Trafimow & Gambacorta (2012) estudiaron seriamente el problema y encontraron que, si bien no todas las hipótesis son obvias, hay posibilidades de una mejora real en aspectos que incumben a la replicabilidad. No caben dudas que estas diversas críticas o equívocos han conspirado contra una mayor aceptación de la interpretación que analizamos.

La aproximación evolucionista hacia los problemas del comportamiento no es única ni monolítica, y existen diversos acercamientos y estrategias para lograrlo. Smith (2000) identificó fundamentalmente tres líneas: a) la psicología evolucionista, b) la ecología comportamental y c) la teoría de la herencia dual. Pero, en esencia, los principios básicos que emplea la psicología evolucionista son los mismos que formuló Darwin hace más de un siglo y medio, con muy pocas variantes. Su trabajo pionero fue un intento maestro por responder a algunos de los interrogantes más profundos que se había planteado la ciencia a lo largo de muchos siglos: la cuestión primaria del origen de la vida y, sobre todo, el descubrimiento de los mecanismos responsables por la generación y mantenimiento de la enorme variedad morfológica que exhiben hoy las formas de vida en la Tierra. El postulado básico es el de la *adaptación*, la cual implica que los animales deben disponer de la forma y estructura física y de los mecanismos fisiológicos necesarios para subsistir apropiadamente en los ambientes que constituyen sus hábitats naturales corrientes. Esto significa, simplemente, cumplir con todas las funciones esenciales que se requieren para hacer factible la supervivencia: a) hallar alimento en la cantidad suficiente, b) encontrar parejas receptivas para llevar a cabo la reproducción que permita transmitir las características propias del individuo a la siguiente generación, y finalmente c) disponer del refugio necesario para guarecerse del azote de los elementos naturales hostiles, como el calor, el frío, el viento y la lluvia.

Los recursos como el alimento son absolutamente imprescindibles, aunque perecederos, y en ocasiones no todos los animales pueden acceder a ellos con la misma facilidad o eficacia, por lo que, de hecho, se plantea una competencia abierta por los mismos, en la que sólo algunos podrán alcanzar el éxito y otros perecerán irremediabilmente. Aquí no importa ser el más fuerte o el más diestro físicamente, sino el mejor adaptado y el que funciona más eficientemente con las alternancias variables del entorno. Igual disyuntiva se plantea con el problema de la reproducción, en que no todos los machos pueden acceder a la cantidad suficiente de hembras para procrearse. En estos casos, y como los animales no son copias exactamente iguales unos de otros, se originan variaciones individuales en las que unos se encuentran mejor posicionados que otros para conseguir el triunfo reproductivo. Es decir, tiene que haber una forma de elección actuando sobre ellos. Aquello que habrá de escoger al que permanece en la carrera por la supervivencia no es una entidad inteligente que habita en un plano externo y distinto al mundo material, sino las fuerzas ciegas de la naturaleza, operando estrictamente guiadas por procesos causales. A esto le llamó Darwin *selección natural*, un concepto que implica la *adaptación selectiva diferencial* (Ayala, 1980). De este modo, el logro de una adaptación exitosa y la selección que beneficia a ciertos individuos en desmedro de otros, conducen a la larga hacia los cambios acumulados a lo largo de considerables periodos de tiempo y constituyen, finalmente, la esencia misma de la evolución.

La aceptación de estos principios se ha producido con relativa facilidad cuando se refieren al estudio de las características físicas de los organismos, pero la reticencia ha sido mayor en lo que concierne a las psicológicas. Y es allí, de hecho, donde la psicología evolucionista se hizo fuerte y ha delimitado su feudo. Pero los psicólogos no son los únicos que se sintieron atraídos por los principios darwinianos. Otras disciplinas como la *psiquiatría evolucionista* (Stevens & Price, 2013) o la *psiquiatría darwiniana* (McGuire & Troisi, 1998) también fueron establecidas en años recientes. Estos campos desafían los

modelos médicos tradicionalmente aplicados para el tratamiento de los problemas mentales y del comportamiento, evidenciando sus limitaciones y presunta ineffectividad. De cualquier manera, la opción de considerar las enfermedades mentales como procesos adaptativos también recibió algunos interesantes contrapuntos (Jacobs, 2010). Paralelamente, puede también hablarse de una *medicina evolucionista* (Trevathan, Smith & McKenna, 1999). El estudio del origen y evolución de las razas humanas siguió una larga historia, fundamentada en el propósito de dar sentido y una explicación congruente para nuestra ascendencia común con primates y homínidos extintos (Regal, 2004). Pero como ya ocurría en la época de Darwin con los conservadores religiosos, la teoría resulta difícil de asimilar para algunas personas, independientemente de su mérito científico. Recientemente, Gervais (2015) ofreció evidencia consistente de que la tendencia a apoyarse en un pensamiento de tipo analítico predice una mayor aceptación de la evolución, mientras que una exposición sostenida a los dogmas religiosos anticipa un sustento reducido al mismo cuerpo de ideas. De esta manera se comprueba que el pensamiento analítico promueve la incredulidad religiosa (Gervais & Norenzayan, 2012; Norenzayan & Gervais, 2013) y puede constituir, igualmente, una explicación de la resistencia hacia el evolucionismo.

El punto realmente importante es que la evolución sirvió para modelar no solamente nuestras características físicas y la forma y funciones del sistema nervioso y el cerebro sino también la manera particular en que nos comportamos ante determinadas situaciones, esto es, la formación de los hábitos típicos. Esto no significa, como algunos críticos mal informados sostienen a veces, que nuestro comportamiento responde exclusivamente a una causalidad refleja o instintiva, y mucho menos que se niegue la inmensa relevancia que posee el aprendizaje. Sería absurdo pretender semejante cosa, habida cuenta la enorme plasticidad que es típica de la conducta humana y su dependencia del ambiente. Lo que verdaderamente implica el concepto es que la selección natural favoreció la preservación de ciertas unidades comportamentales que se encuentran ancladas en el cerebro de las personas, y que sólo se activan en determinadas ocasiones y ante estímulos o situaciones específicas. Ellas encierran predisposiciones a la acción que son universales en los seres humanos (Kappeler & Silk, 2010). Ocurre así porque constituyen respuestas adaptativas ante desafíos ambientales surgidos en el entorno natural y social y que fueron enfrentados durante el largo transcurso de la evolución filogenética. Por ello han marcado nuestro comportamiento típico de especie. Es decir, las respuestas conductuales distintivas que hoy exhiben los humanos ante situaciones que entrañan un interés vital directo para ellos, responden a exigencias evolutivas y reflejan el hecho de que nuestros ancestros utilizaron estas mismas estrategias para operar funcionalmente en contextos similares, pero de un pasado remoto, logrando sobrevivir y reproducirse.

Ahora bien, los cambios biológicos acaecidos a nuestros antepasados como especie, y que redundan en la esfera de la *evolución filogenética*, demandan espacios de tiempo considerablemente más prolongados para su aparición efectiva, habitualmente en el orden de los cientos o millones de años. Esto los diferencia nítidamente de la evolución cultural o social, que puede producirse en sólo unos pocos años o décadas (Distin, 2011). Todo lo cual significa que algunas modificaciones sustanciales a nuestros hábitos característicos hubieron de ocurrir hace bastante tiempo y en la mayoría de los casos posiblemente no han tenido ocasión de modificarse con la rapidez necesaria para adecuarse satisfactoriamente a las realidades que imponen los entornos modernos. Esta disparidad plantea una de las más interesantes paradojas que encierra toda la cuestión: el que la evolución humana se haya producido en respuesta a las necesidades de adaptación a ciertos hábitats ambientales que en la realidad práctica dejaron de existir hace mucho. En nuestra situación actual, dominada por los avances tecnológicos y la sociedad de la información, estamos respondiendo normalmente con el uso de estrategias comportamentales que se modelaron en ambientes pre-civilizados, ajenos por completo a los desafíos de nuestra época. Esta es la fuente para numerosos problemas que afectan directamente nuestro comportamiento diario. En otras palabras, la organización de la mente humana es adecuada para el modo de vida que llevaban los cazadores y recolectores del pleistoceno, hace entre diez millones y doce mil años atrás, y no precisamente lo que emerge de las condiciones actuales (Lordelo, 2010). Respecto a analogías que sugieran amplitudes mayores, como la comparación entre especies, resulta claro que aún resta trabajo por hacer, sobre todo en el esclarecimiento de la relación filogenética entre el *homo sapiens* moderno con los homínidos y los póngidos, en lo que atañe al comportamiento (Eastwick, 2009).

Sin embargo, autores como Buller (2005) relativizan oportunamente este pensamiento argumentando que los procesos cognitivos en realidad se están amoldando inagotablemente a las condiciones externas en al menos dos sentidos importantes. Por un lado, en el contexto de la genética poblacional, los humanos se ajustan continuamente a entornos variables a lo largo del tiempo evolutivo. Por otra parte, y a nivel del individuo, la mente experimenta una modificación

continúa a los cambios circundantes que se dan a través del ciclo vital, y en tal sentido se encuentra lejos de ser meramente una estructura estática. En tal escenario, la función de la psicología evolucionista es comprender no solamente las circunstancias actuales en las que surge la causalidad efectiva del comportamiento, sino las condiciones arcaicas en las que posiblemente hayan funcionado con efectividad nuestras adaptaciones cognitivas, y en respuesta a qué clase de exigencias se originaron. Tampoco es obviar la importancia de la cultura y sobre todo del lenguaje, que es un proceso clave en la filogenia de la cognición (Bickerton, 2009). El que nosotros hayamos generado cultura, y que esta a su vez retroalimente en todo momento sobre la evolución de nuestra arquitectura intelectual, es lo que se ha denominado *co-evolución* (Deacon, 1997), para dejar plena constancia sobre la interdependencia que es inherente al proceso.

Este modo de enfocar el estudio del comportamiento humano se contrapone de manera muy aguda a lo que ha sido corriente hasta ahora en las ciencias sociales. Tooby & Cosmides (1992) argumentaron contra una visión muy usual que se origina en el campo sociológico, la cual ha tenido grandes problemas para realizar contribuciones significativas al resto de la ciencia. De acuerdo con estos autores, se dejó abierto un paréntesis muy notorio en el conocimiento, precisamente el que las ciencias sociales deberían haber llenado. La cuestionada perspectiva se fundamenta en la obra del sociólogo francés Émile Durkheim (1858-1917), *Las reglas del método sociológico*, publicada originalmente en 1895 (Durkheim, 1919). Habiendo transcurrido más de un siglo tras su establecimiento como disciplinas autónomas, las ciencias sociales continúan apoyadas sobre una gran masa de observaciones a medio digerir, un cuerpo de generalizaciones empíricas a menudo contradictorias y en constantes reyertas teóricas, con un léxico excluyente que resulta inconmensurable para los enfoques rivales. Según creen Tooby & Cosmides (1992), esta limitación en las ciencias sociales se debe en gran parte al continuado fracaso por establecer conexiones significativas con el resto de la ciencia, con la que sus contactos no sólo son infrecuentes sino prácticamente nulos. Estas disciplinas se apoyan en lo que Tooby & Cosmides (1992) denominan el *modelo estándar de las ciencias sociales*, un punto de vista ampliamente consensuado sobre la naturaleza que revisten los fenómenos de la sociedad y la cultura y que ha regido por más de un siglo a estas disciplinas y a una parte apreciable de la psicología. También fue responsable de la enorme desconexión que han sufrido las primeras respecto a las demás disciplinas que integran el panorama general de la ciencia.

El modelo asume una serie de supuestos e inferencias sobre el comportamiento de los humanos, sus mentes e interrelación colectiva que sirvieron, principalmente, para fomentar el creciente aislacionismo respecto a los marcos interpretativos que adoptan las demás ciencias. Y si bien tampoco se pretende sostener que todas las afirmaciones de la teoría son falsas, sus defectos hicieron que resulte generadora de innúmeros problemas. Para superar las dificultades, se propone su reemplazo por el denominado *modelo causal integrado*, que se halla en un mejor complemento con el resto del conocimiento científico. Los principios centrales que mantiene esta segunda perspectiva son tres: a) la mente humana se halla provista de un grupo de mecanismos de procesamiento de la información evolucionados que se ubican en el sistema nervioso humano, b) esos mecanismos son adaptaciones producidas por la selección natural en ambientes ancestrales durante el tiempo evolutivo y c) muchos de tales mecanismos se hallan funcionalmente especializados para producir comportamientos que resuelven problemas adaptativos particulares, como la selección de pareja, la adquisición del lenguaje, las relaciones familiares y la cooperación. En forma complementaria, Tooby & Cosmides (1989b) también afirman que: 1) la mente se halla compuesta de una multitud de mecanismos adaptativos de dominio específico y propósito especial, organizados en una arquitectura cognitiva muy intrincada, 2) la investigación psicológica debe poner una atención prioritaria sobre la función, 3) el énfasis ha de moverse desde la descripción y análisis del comportamiento al descubrimiento de mecanismos psicológicos que son, en esencia, adaptaciones, 4) los modelos que se adopten para el estudio de los mecanismos psicológicos deben ser expresados en una forma algorítmica o de causa y efecto, en lugar de utilizar descripciones cualitativas vagas. Un elemento crucial para la explicación evolutiva funcional es el nivel cognitivo, que se puede comprender en términos de pensamiento adaptativo. Es decir, un animal procesa la información de su entorno en formas que conduzcan a comportamientos adaptados, suprimiendo aquéllos que resulten impropios e inconducentes (Cosmides & Tooby, 1987). De continuar la investigación futura en esta misma dirección, podría esperarse algo semejante a una lucha de paradigmas para los años venideros entre estas dos visiones discordantes sobre el comportamiento. O quizás cabría señalar que tal eventualidad ya está ocurriendo en estos momentos. Autores como Parnaby & Buffone (2013) argumentaron sobre los beneficios que podría implicar para la sociología una mayor asimilación de los principios que sustentan a la psicología evolucionista.

Muchos ámbitos de la vida humana se han visto iluminados con la aplicación consecuente de esta clase de análisis. Pero la selección natural no debe concebirse como un proceso único ni inalterable, pues admite determinadas variantes que incluyen, entre otras, a la selección direccional, la estabilizadora y la diversificadora (Ayala, 1980). De especial importancia para la evolución humana en cuanto tal es la *selección sexual*, un principio de cardinal importancia que ya Darwin había propuesto en *El origen de las especies* (Darwin, 1859) y que fue abordado desde muchos puntos de vista diferentes (Geary, Vigil & Byrd-Craven, 2004). El concepto está referido a la presencia de características secundarias, físicas en principio, que no parecen responder de manera estricta a las necesidades que impone la selección natural cuando promueve la supervivencia de los fenotipos más aptos, es decir, los más adaptables al entorno. La selección sexual se define como aquella que opera sobre los genes como resultado del acceso diferencial, tanto en cantidad como en calidad, a individuos del sexo opuesto con fines de procreación (Gangestad, 2001). Por lo tanto, la selección sexual y la evolución de los comportamientos relevantes para el apareamiento humano pueden cumplir la función de explicar las grandes diferencias individuales que se observan en la biología, la motivación, la cognición y los rasgos de personalidad en cualquier población dada (Durham, Mather & Dunn, 2019). Darwin (1871) distinguió dos tipos principales: a) la *selección intrasexual*, que se refiere a la selección ligada al acceso a parejas reproductivas que se produce como resultado de la competencia entre individuos del mismo sexo mediante acciones como la intimidación física y b) la *selección intersexual*, que alude a la selección debida a diferencias en el acceso a parejas que se ve impulsada por las preferencias que muestran los individuos del sexo contrario. Lo que hace la selección sexual no es favorecer la lucha entre organismos de especies diferentes en su continua discordia por los recursos limitados como el alimento o el dominio territorial, que es a lo que se denomina *competencia interespecífica*, sino la disputa entre representantes de la misma especie, habitualmente los machos, por el acceso a las hembras con fines reproductivos. Aquí hablamos de *competencia intraespecífica*. Esto hace que en el fenotipo de los machos se desarrollen características vistosas que los vuelven atractivos para las hembras. Por este motivo, ellas llegan a preferir unos ejemplares sobre otros para intentar la procreación.

Darwin aplicó por primera vez este principio al estudio de una especie de primates en un artículo publicado en la revista *Nature* (Darwin, 1876), donde discutía la presencia de coloridos muy brillantes y llamativos en ciertas partes del cuerpo de estos animales, específicamente la región del trasero y sectores adyacentes. Esas porciones de la piel son más lustrosas en un sexo que en el otro y aumentan su tonalidad en la época de celo y reproducción. Muy pronto, Darwin concluyó que estas diferencias respondían a una función relacionada con el atractivo sexual. En los últimos años también se acumuló evidencia genética y del registro fósil en relación a los humanos extintos, lo cual ha permitido conocer muchos aspectos determinantes de las diferencias en el comportamiento sexual que probablemente tuvieron, y la importancia crucial de factores como el dimorfismo sexual. Este ha sido mayor, por ejemplo, en los *australopithecus* que en los humanos actuales (Gray, 2013). El surgimiento durante la historia de la vida de características y rasgos como cerebros y cuerpos más grandes, una dentición generalizada y una disminución general de la robustez craneal se encuentran críticamente relacionados con el esfuerzo reproductivo de los hombres, constituyendo un elemento muy importante en la evolución del género *homo* (Bribiescas, Ellison & Gray, 2012).

En la lógica de la selección sexual, son las hembras las que eligen. Los machos simplemente se exponen, se hacen ver. Por ello, en la casi totalidad de los animales, se comprueba una notoria disimilitud entre hembras y machos, siendo éstos más grandes, más agresivos y más vistosos, por regla general. Existen casos muy impresionantes en la naturaleza, como la soberbia cola de los pavos reales, las imponentes cornamentas que se observan en muchas especies de alces cuando las hembras sólo llevan pequeños cuernos, la legendaria melena de los leones y muchos otros ejemplos similares. Estas diferencias que hacen a la forma física se denominan *dimorfismo sexual*. Las desigualdades, muy claramente, están presentes en toda la naturaleza. La especie humana es una de las más dimórficas, y aunque los sexos puedan diferenciarse relativamente poco en el aspecto estrictamente físico, todos los demás primates pasan sus días en actividades que son bastante semejantes para ambos grupos. Los humanos somos la excepción, pues nosotros nos diversificamos mucho en las actividades cotidianas (Low, 2000), lo cual involucra notoriamente el aspecto comportamental. Y esa es una de las desigualdades que cobran mayor importancia.

La selección sexual proporciona un marco de análisis para estudiar las diferencias en el comportamiento, morfología, desarrollo y estrategias reproductivas en todas las especies animales, que se dan como resultado de los sistemas de emparejamiento (Kappeler & van Schaik, 2004). Por ello, los psicólogos evolucionistas investigaron numerosos fenómenos

bajo el principio directivo de esta forma de selección y descubrieron numerosas diferencias en las estrategias cognitivas y el comportamiento abierto de ambos sexos. En una revisión que no pretendemos sea exhaustiva, podemos arrimar algunos buenos ejemplos. Geary (1998), por ejemplo, analizó las estrategias reproductivas humanas utilizando la selección sexual como marco referencial para comprender las diferencias entre los sexos, al tiempo que Buss (2000a) puso a la emoción de los celos bajo atento escrutinio, enfocando también los celos sexuales que, aunque no sirven para solucionar urgencias básicas de supervivencia, sí contribuyen a la resolución de problemas de emparejamiento (Buss, 2013). Puts (2010) discutió si efectivamente la elección de pareja es el mecanismo más frecuente que opera en la selección sexual humana, sugiriendo que el hombre se encuentra mejor “diseñado” para entrar en una competencia directa que para usar otros medios alternativos, debido a características dominantes como la fuerza, el tamaño y la musculatura, lo cual indica que esta podría ser la modalidad preponderante. Schmitt, Jonason, Byerley, Flores, Illbeck, O’Leary & Qudrat (2012) examinaron las diferencias de género en la sexualidad, haciendo hincapié en la psicología del emparejamiento de corto término, en la forma como se presenta en los dos sexos. Por su parte, Sela, Shackelford, Pham & Euler (2015) exploraron la práctica del sexo oral o *fellatio* en las mujeres como técnica utilizada para la retención de sus pares masculinos, mientras McKibbin, Miner, Shackelford, Ehrke & Weekes-Shackelford (2014) consideraron las relaciones entre los mecanismos evolutivos de la retención de pareja y la personalidad de los hombres y sus compañeras. Finalmente, Buss (2001) enfocó los sesgos cognitivos que surgen en la lucha entre los sexos.

En otro orden de cosas, Gangestad & Scheyd (2005) resumieron la evidencia disponible sobre el atractivo físico humano desde la óptica adaptacionista, y Kruger, Fisher, Fitzgerald, García, Geher & Guitar (2015) indagaron cómo se vinculan entre sí las reacciones a la infidelidad sexual y la infidelidad emocional como predictores de estrés anticipado, en tanto Fletcher (2002) inquirió sobre las relaciones íntimas humanas y Fletcher, Simpson, Campbell & Overall (2015) estudiaron la formación del vínculo con la pareja, el amor romántico y la evolución en el *homo sapiens*. Buss (2006), a su tiempo, ofrece un marco de referencia general para la evolución del amor. Cross (2010) experimentó respecto a las diferencias en la agresión física o verbal contra el mismo sexo como función de la impulsividad riesgosa. En la Universidad de Nicosia, Chipre, Menelaos Apostolou y su equipo sometieron a estudio diversos aspectos de la manipulación que ejercen los padres sobre la elección de pareja de sus hijos (Apostolou, Kasapi & Arakliti, 2015), así como los conflictos de interés que pueden surgir entre los progenitores masculinos en particular y los yernos (Apostolou, 2013). Van den Berg, Fawcett, Buunk & Weissing (2013) realizaron un aporte teórico sobre la forma en que evolucionó la distribución de los recursos parentales y Farrelly, Owens, Elliott, Walden & Wetherell (2015) comprobaron que los niveles de testosterona en hombres solos y hombres insertos en nuevas relaciones son significativamente mayores que los encontrados en hombres que permanecen con relaciones de largo término.

Por otra parte, Pham, Barbaro & Shackelford (2015) trabajaron con instrumentos de medición, desarrollando la validación inicial del inventario de retención coalicional de pareja. Algunos autores estudiaron otros temas como la función de los roles sexuales en cuanto adaptaciones (Kenrick, Trost & Sundie, 2004), la homosexualidad desde el punto de vista evolutivo, que entiende esta característica comportamental como una forma particular de adaptación (McKnight, 1997), el acoso (Duntley & Buss, 2012), la violación (McKibbin, Shackelford, Goetz & Starratt, 2008; Thornhill & Palmer 2000), los efectos del humor sexista sobre la proclividad de los hombres a cometer violaciones (Thomae & Viki, 2013) y las consecuencias fisiológicas de la evaluación de amenazas sociales en mujeres, respecto al status social percibido por las mismas (Massey-Abernathy, Byrd-Craven & Swearingen, 2015). Trémolière, Kaminski & Bonnefon (2015) descubrieron que la competencia intrasexual guarda una incidencia directa sobre la adopción de decisiones morales no utilitaristas. En su estudio hallaron que el tomar la decisión de causar hasta tres muertes a personas de su mismo sexo con el fin de salvaguardar la vida de una del sexo opuesto ocurrirá con mayor probabilidad a los hombres que a las mujeres. La tendencia se intensifica cuando hay pocas probables parejas hacia las cuales optar y cuando los hombres tienen inclinaciones heterosexuales. Cuando la mujer cuya vida se debe salvar ha sobrepasado la edad reproductiva, se observa que la voluntad del hombre decrece significativamente.

Weege, Barges, Pham, Shackelford & Fink (2015) hallaron interesantes relaciones entre la percepción del atractivo que tienen las mujeres sobre los movimientos físicos que realizan los varones, y la relación subsecuente de esta variable con la personalidad auto-reportada y percibida, en tanto Price (2015) estudió la correspondencia entre el atractivo físico de los hombres y sus actitudes igualitaristas, ya sea en lo que respecta al igualitarismo observado o el igualitarismo percibido. Shackelford, Buss & Weekes-Shackelford (2003) descubrieron que, en los asesinatos cometidos por hombres en contra de sus

esposas en situaciones que involucran un triángulo amoroso, la edad de la mujer, y por consiguiente su capacidad reproductiva, predicen la mayor probabilidad de que resulten víctimas de estas acciones. Algunos textos realizados en tiempo reciente, como el de Gray & García (2013) y el de Weekes-Shackelford & Shackelford (2014) demuestran la amplísima variedad temática que ha adquirido esta área de investigación en los últimos años y su extraordinario potencial en la explicación del comportamiento humano. Estos libros forman un continuo con obras como la de Blaffer Hrdy (1999) y Symons (1979), que en las décadas anteriores determinaron un avance muy significativo para la teorización en el campo de la selección sexual.

El enfoque darwiniano ha servido también para esclarecer los fundamentos evolutivos en una amplia cobertura de materias. Para realizar una muestra selectiva de esta variada temática mencionaremos los estudios sobre la evolución de la familia y las interacciones que se producen en su interior (Salmon & Shackelford, 2008), la aproximación evolucionista a los procesos familiares (García, 2020), las adaptaciones humanas a la cultura (Tomasello, 2004), la psicología clínica evolucionista de los desórdenes obsesivo-compulsivos (Glass, 2012), la "física" o nociones causales del mundo en los chimpancés (Povinelli, 2000), las causas que generan el comportamiento criminal (Brannigan, 1997; Buss, 2012; García, 2015b; Quinsey, 2002; Ward & Durrant, 2011), la evolución de la violencia (Shackelford & Hansen, 2014), la guerra (Henson, 2006), la variación entre los índices de criminalidad y las enfermedades infecciosas en su origen (Shrira, 2013), el autoengaño como una forma de facilitar el engaño interpersonal (Von Hippel & Trivers, 2011) y la creatividad (Gabora & Kaufman, 2010). Los psicólogos Martin Daly y Margo Wilson realizaron una serie importante de estudios enfocados en el modelo evolutivo para comprender la naturaleza del homicidio en sus diversas formas, incluyendo el asesinato familiar (Daly & Wilson, 1988a, 1988b, 2001). Otros autores estudian problemas como las reacciones a la pena, las pérdidas irreparables o el duelo (Archer, 1999), la expresión facial humana (Fridlund, 1994), la evolución de la modularidad cognitiva (Geary & Huffman, 2002), la evolución de la mente (Gangestad & Simpson, 2007) y la cognición social (Forgas, Haselton & von Hippel, 2007), la evolución del cerebro, la cognición y la inteligencia general o *g* (Geary, 2005), la evolución de la personalidad y las diferencias individuales (Buss, 2009, Buss & Hawley, 2011).

Entre otros tópicos, Trivers, Palestis, Fink & Manning (2015) investigaron la correlación entre la asimetría del pie y la asimetría en el desempeño de las manos, Gorelik (2014) propuso el concepto de *conciencia evolucionista* para estudiar el pensamiento y las emociones humanas desde un punto de vista darwiniano y naturalista, y Fitzgerald (2012) aplicó el conocimiento sobre componentes relevantes para los ambientes ancestrales en que se produjo la evolución humana (luz solar, vegetación, sueño, movimiento físico, interacción con otros seres humanos y con animales, en especial perros) en la mejora de los entornos laborales actuales. En tiempo reciente también se ha planteado la necesidad de instituir un nuevo campo, el de la *ciencia política evolucionista* (López & McDermott, 2012), con ámbitos de estudio y aplicación como el de las políticas públicas (Bingham & Souza, 2012) o el descubrimiento de los programas mentales evolucionados que puedan servir como sustento para las modernas políticas de bienestar (Petersen, Sznycer, Cosmides & Tooby, 2012). Igualmente se ha creado la *psicología forense evolucionista* (Duntley & Shackelford, 2008). Hertler (2015) presenta una etiología para el trastorno obsesivo-compulsivo de personalidad y lo considera no un desorden, sino una forma de adaptación extrema creada en el curso de la historia evolutiva. Finalmente, Roberts (2012) presenta una amplia revisión de los diferentes temas y problemáticas que pueden conceptuarse candidatos a integrar una *psicología aplicada evolucionista*.

La psicología positiva

Los antecedentes inmediatos de la psicología positiva son, al menos en lo que revela una primera impresión, bastante más recientes que los respectivos de la psicología evolucionista y se hallan vinculados muy estrechamente a la figura del psicólogo estadounidense Martin E. P. Seligman (1942-), quien en el 2002 dio a conocer una obra muy influyente titulada *Felicidad auténtica* (Seligman, 2002), así como trabajos relevantes en revistas líderes, principalmente el *American Psychologist* (Seligman & Csikszentmihalyi, 2000; Seligman, Steen, Park & Peterson, 2005). El primero de los artículos mencionados formó parte de un número monográfico especial de aquella publicación que contenía un grupo importante de investigaciones sobre temática variada, encarados desde las coordenadas propuestas en el nuevo enfoque. Lupano Perugini & Castro Solano (2010) estiman que este fascículo especial fue, de hecho, el punto de partida para la psicología positiva. La principal justificación que sustentaron los defensores de esta posición al sugerir la necesidad de una nueva aproximación es que la psicología en general, y la psicología clínica en particular, se han focalizado tradicionalmente en los déficits y la

discapacidad psicológica, priorizando así la comprensión y estudio de las anomalías del comportamiento y dejando de lado, posiblemente en forma excesiva, los aspectos positivos y “sanos” de la vida. Como afirma Seligman (2006), la psicología nos ha enseñado mucho sobre la patología, el sufrimiento, las víctimas, y las formas de combatir la tristeza y la ansiedad. Pero las habilidades para convertirse en más felices fueron relegadas a los parques de diversión, a Hollywood y a los comerciales de cerveza. La ciencia no ha desempeñado ningún rol importante en este sentido.

La psicología positiva podría entenderse como un esfuerzo por superar ese énfasis unilateral y constante hacia lo enfermo, los fracasos y las disfunciones, que a criterio de Seligman & Csikszentmihalyi (2000) es lo que ha conferido a la psicología un perfil médicamente orientado. La definición más corriente para el nuevo campo es *el estudio de las fortalezas del carácter y la felicidad* (Carr, 2004). A su vez, por “fortalezas” cabe entender la capacidad para sentir, pensar y comportarse en formas que permitan el funcionamiento óptimo en la prosecución de resultados altamente valorados (Rettew & Lopez, 2008). A estos puntos focales se ha añadido en poco tiempo una variada agenda para la investigación de otros temas, cuyos principales puntos habremos de analizar en un momento más. En cuanto al nombre, no es posible ignorar que se han deslizado ciertos equívocos. Algunas personas, por ejemplo, la confunden con la *psicología positivista*, que sería aquella fundamentada en la filosofía de Augusto Comte (1798-1857) y que inspiró en buena medida el ideario de la psicología experimental de comienzos del siglo XX, que además tuvo interesantes desarrollos en los países de América del Sur (García, 2014). Hervás (2009) añade que la denominación de psicología positiva no implica que sus adherentes se dediquen únicamente al estudio de “lo positivo”, una ambigua expresión que no debería conllevar obligadamente la idea de que cuanto escape a su esfera de atención es “psicología negativa”. Tampoco significa que esta línea teórica guarde alguna vinculación con el movimiento del “pensamiento positivo”, de claras resonancias paranormales, y que fundara William Walker Atkinson (1862-1932), a comienzos del siglo XX en los Estados Unidos (Atkinson, 1920).

Un análisis más cuidadoso de los conceptos centrales en la psicología positiva permite corroborar que sus antecedentes se ubican muy atrás en el tiempo, incluso en la etapa de la filosofía griega clásica. En el caso de aquéllos grandes autores, la discusión se sitúa sobre dos ejes centrales: la virtud y la felicidad. Para Sócrates y Platón, la felicidad era una virtud que igualaban directamente con el conocimiento (Holowchak, 2004). El segundo de ellos la ve además como una forma de justicia, y deja expresado este concepto en las páginas de su famosa obra *La República* (Platón, 1980). Para el célebre filósofo dualista, la felicidad podía entenderse como la armonía esencial de todos los fines de una persona (White, 2006). Aristóteles, el más famoso alumno que tuvo Platón y a quien Jørgensen & Nafstad (2004) consideran el precursor para la psicología positiva en el mundo griego tradicional, la describió como una actividad virtuosa y reconoció tanto su dimensión personal como social. En la antigüedad, una de las connotaciones doctrinarias más conocidas de la felicidad es la que forjaron el filósofo Epicuro y sus seguidores, para quienes ésta podría homologarse directamente con la consecución del placer. Aunque en este caso no se hablaba, obviamente, de un goce vulgar y desenfrenado, puramente sensitivo, sino mediatizado siempre por la orientación rectora que impone la razón (García, 2015c). En esta época también fueron importantes las opiniones sustentadas por los cirenaicos, una escuela filosófica fundada por Aristipo de Cirene (435-350 a.C.), antiguo discípulo de Sócrates, que estuvo vinculada con los posicionamientos de los escépticos. Para este grupo, introductor de una forma de subjetivismo que fue anticipador del escepticismo cultivado por el filósofo francés Rene Descartes (1596-1650) en el siglo XVII (Tsouna, 2004), el placer era otro de los objetivos de la vida. Los estoicos, que siempre guardaron una concepción más grave y resignada de la vida, encontraron la felicidad de diferentes maneras. Por ejemplo, en el caso de Epicteto (55-135), que nació de una esclava en Hierápolis, se concebía la felicidad como libertad, aunque no una que fuera corporal, financiera o política, sino traducida en la independencia de la mente y el pensamiento, o en cuanto libertad de la sanción, el deseo y la volición (Stephens, 2007).

En la filosofía del tiempo moderno y también en algunas orientaciones psicológicas de comienzos del siglo XX, podemos hallar otros antecedentes sobre este mismo interés. Por ejemplo, Immanuel Kant (1724-1804) sostuvo que la felicidad consiste en el pleno ejercicio del deber, pero al mismo tiempo rechazó que la moralidad esté basada en ella (Hughes, 2004), mientras el británico John Stuart Mill (1806-1873) argumentó en varias obras importantes como su *Utilitarismo* (Mill, 1863), que la felicidad está relacionada con la libre autodeterminación (Holowchak, 2004). Para Mill, el ingrediente principal de la felicidad es la dignidad, y ésta, para él, constituía un sinónimo de la autonomía (Capaldi, 2004). Ya entrado el siglo XX, el filósofo suizo Carl Hilty (1833-1909) publicó una obra titulada *Felicidad: Ensayos sobre el sentido de la vida* (Hilty, 1903) donde analizaba, entre otras cosas, cómo luchar las batallas de la existencia, algo que todos los hombres se ven obligados a

hacer, pero muchas veces desconociendo las mejores armas a utilizarse. El teólogo estadounidense George Hodges (1856-1919) también dio a conocer una pequeña obra a comienzos del siglo XX, llamada *La búsqueda de la felicidad* (Hodges, 1906). En ella estudiaba las que podrían ser consideradas como ayudas eficaces para obtenerla, entre ellas la determinación, la regulación, la proporción, la visión, el hábito de ministración y la religión. Desde una perspectiva alejada de cualquier convicción religiosa, el celebrado filósofo, matemático y humanista británico Bertrand Russell (1872-1970), escribió una obra, hoy clásica, a la que concedió el significativo título de *La conquista de la felicidad*. Russell (1930) aclaró que su interés no estaba únicamente anclado en la filosofía técnica y analítica que cultivan los profesionales del área, sino también en aquella clase de filosofía práctica que puede legar contribuciones significativas a las vidas de las personas corrientes. En las primeras páginas advertía que su escrito no se hallaba dirigido a los sabios, ni tampoco a las personas que creyeran que los problemas prácticos son lo único de lo que merece hablarse. Lo que ofrecía era un conjunto de observaciones muy agudas y penetrantes, basadas en su propia experiencia personal, y de las que aseguraba, le habían ayudado a lograr la felicidad en algunas situaciones pasadas de su vida. En este libro, Russell fue uno de los primeros en discutir el problema de si la felicidad era un estado permanente o sólo resultaba acertado hablar de momentos felices (García, 2015d). Uno de los temas fundamentales para la futura psicología positiva, pues, se hallaba en camino.

El punto de vista de Russell es coincidente con el de otros autores que provienen de muy distantes perspectivas. Jacobsen (2007), por ejemplo, distingue entre la felicidad ordinaria y la felicidad real o genuina. Por la primera entiende un breve estado de la mente durante el cual el individuo siente que todas sus necesidades esenciales han sido satisfechas y sus fines vitales alcanzados. En consecuencia, se considera en armonía con la naturaleza. Por la segunda, concibe un estado durable de balance entre los deseos, fines y necesidades del individuo y las expectativas del mundo circundante. Esta forma de felicidad coincide con el bienestar, la serenidad y la relajación. Desde luego, Seligman (2002) también aportó su propio punto de vista. Para él, las definiciones de la felicidad caen en dos grupos posibles: por un lado, las que están moralmente orientadas y se encuentran fundamentadas en los valores éticos, coincidiendo con el punto de vista clásico de que la felicidad es el ejercicio de la virtud. Por otra parte, las definiciones neutrales de la felicidad que no se encuentran cimentadas en los valores. Entre estas figuran las que son más corrientes entre los psicólogos y que identifican la felicidad con el bienestar subjetivo. Precisamente, es este segundo tipo de definición el que Seligman (2002) utiliza con mayor frecuencia en sus argumentaciones concernientes al tema. En otro sentido, O'Brien (2013) incorpora el concepto de felicidad sustentable, definido como aquella que contribuye al bienestar individual, comunitario y/o global sin producir la explotación de otra gente, el ambiente o las generaciones futuras. Esta forma de felicidad pone de relieve la relación entre la experiencia del "florecimiento" humano y la resiliencia ecológica. La relevancia del concepto en diversos ámbitos, como el del transporte a la escuela (O'Brien, 2008) o el de la educación para el desarrollo sustentable y la educación positiva (O'Brien, 2012) son analizados por la misma autora en varios trabajos.

La felicidad es uno de los temas que mayor interés despierta entre los cultores de la psicología positiva. Lo cual no es para nada extraño, habida cuenta la búsqueda de los seres humanos por mantener un nivel elevado de satisfacción en sus vidas. No obstante, los conceptos en uso resultan muy variados. Las personas comunes, por ejemplo, entienden que la felicidad puede equipararse con los sentimientos de placer, la riqueza y la religión (Franklin, 2010). Por otra parte, Martin (2007) indica que la virtud promueve la felicidad, tanto la propia como la ajena. Cuando hablamos de la integridad virtuosa pareciera que estamos repasando una idea de enorme y respetable historia, más asociada con algunas tradiciones venerables del pensamiento humano que con la prisa que caracteriza a la vida moderna. Los psicólogos positivos, no obstante, redireccionaron el interés hacia este antiguo concepto y lo convirtieron en uno de sus temas de investigación más importantes. Por otra parte, autores como Diener & Biswas-Diener (2008) introdujeron el constructo de *riqueza psicológica*, que va más allá de la simple fortuna material o financiera e incluye elementos como las actitudes ante la vida, el apoyo social, el desarrollo espiritual, los recursos materiales, la salud y las actividades con las que un individuo se compromete. La riqueza psicológica es una noción muy vinculada con la felicidad y, en cierto sentido, depende de ella. Diener (2013) ha trabajado en el campo asociado del bienestar subjetivo, que abarca una serie importante de problemas como las influencias beneficiosas que ejerce el bienestar sobre la salud y la longevidad, las relaciones sociales y la productividad. Respecto a las precisiones conceptuales, Bishop (2015) se pregunta si la psicología positiva debería entenderse simplemente como el estudio de la felicidad, o ganaría mayor exactitud si se la definiera como el estudio del bienestar.

Hay otro punto de sumo interés que concierne a los fundamentos de la psicología positiva y es la importancia que se atribuye a la motivación. Jørgensen & Nafstad (2004) observan que durante el tiempo que prevaleció el punto de vista tradicional asentado en la filosofía griega, resultó frecuente conceptualizar a los seres humanos como positivamente orientados y sociales por naturaleza. Pero las apreciaciones de autores como Thomas Hobbes (1588-1679) cambiaron radicalmente esa perspectiva. Este filósofo inglés publicó en 1651 una obra muy influyente titulada *Leviatán*, que difundió una visión pesimista y negativa sobre la naturaleza humana (Hobbes, 1651/1904). Él creía que, en una fase previa a su organización social moderna, los hombres no se encontraban precisamente en un estado idílico, sino en una lucha que lanzaba a todos contra todos. En el estado natural, la vida podría describirse como solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta (Thornton, 2005). Las motivaciones humanas eran, por definición, egoístas. Hobbes pensaba, en consecuencia, que *el hombre es el lobo del hombre*. Pese a que su libro era una obra de filosofía política, influyó profundamente en los escritores posteriores. Algo de esta visión negativa también permanece en el enfoque del psicoanálisis freudiano, para el cual uno de los impulsos básicos que se localizan en el inconsciente es el *tánatos* o instinto/pulsión de muerte, cuyos fines son la destrucción, la violencia y el dolor (Freud, 1923/1981). En ocasiones, cuando estas fuerzas se dirigen hacia el ser humano, producen una direccionalidad de la *libido* contra el propio individuo. Este giro en el objeto de los impulsos desemboca finalmente en el suicidio. Jørgensen & Nafstad (2004) opinan que filósofos como el ginebrino Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), con su idea de que el hombre es naturalmente bueno y que es la sociedad la que lo corrompe, tesis que formuló en el *Emilio* (Rousseau, 1762/1979), o psicólogos del siglo XX como William McDougall, que enarboló el concepto de instinto empático (McDougall, 1912), fueron capaces de contrarrestar, dentro de ciertos límites, la concepción negativa de la motivación.

Otro elemento muy importante fue la aparición, en la segunda mitad del siglo XX, de las corrientes terapéuticas de corte humanista, como la psicoterapia centrada en el cliente de Carl Rogers (1902-1987) (Rogers, 1977) y la logoterapia de Viktor Frankl (1905-1997) (Frankl, 1999), que defendieron principios como la empatía, la autorrealización y el valor supremo de la libertad. Aunque estos conceptos se hayan originado en un tiempo anterior al surgimiento de la psicología positiva y en un contexto externo a la búsqueda de las fortalezas del carácter, es obvio que guardan concordancias muy importantes con la teorización moderna. Se ha dicho incluso que algunos de los iniciadores de la psicología positiva como Martin Seligman y Mihaly Csikszentmihalyi (1934-) no asignaron el crédito suficiente a la psicología humanista como el antecedente más inmediato (Froh, 2004). Pero las discordancias van más allá de una simple omisión de reconocimiento. En efecto, Waterman (2013) explica que la relación entre las dos aproximaciones estuvo marcada por una tensión y ambivalencia continua, que puede atribuirse a grandes diferencias en los fundamentos filosóficos que las caracterizan. Los desacuerdos se reconocen en tres elementos críticos: a) problemas de ontología, incluidas las formas en que la naturaleza humana se conceptualiza con respecto los potenciales humanos y el bienestar; b) problemas de epistemología, como la elección de estrategias de investigación para el estudio empírico de sus conceptos; y c) problemas de filosofía práctica, particularmente los objetivos y estrategias adoptados al realizar la terapia o intervenciones de asesoramiento (Waterman, 2013). Con el estudio de la motivación también se encuentra estrechamente vinculado el del afecto, en particular las emociones positivas. Segura Díez & Ramos Linares (2009), aun cuando se muestran muy conscientes de las dificultades que surgen para la clasificación de las emociones en cuanto positivas o negativas, establecen las siguientes entre las principales: la alegría, el amor, el humor, la fluidez, la elevación y la creatividad. Entre estas, la fluidez alude a la sensación placentera que se produce cuando las personas se involucran totalmente en la actividad que desarrollan y sienten por ello que no transcurre el tiempo, mientras que la elevación ocurre cuando estamos presenciando lo mejor que se puede esperar de un ser humano, y esto genera el deseo de ser mejores personas.

Seligman (2002) ha tomado especial cuidado para conceptualizar las fortalezas y virtudes del carácter, los dos ejes centrales en la psicología positiva. Con respecto a las primeras, sugiere la observancia de tres criterios básicos para postular las cualidades que habrán de definir las. Al respecto afirma que: a) ellas son valoradas en casi todas las culturas, b) son apreciadas por su propia cualidad y no como medios necesarios para obtener otros fines a través suyo, y c) son maleables. Aunque el estudio de las virtudes haya sido mayormente descuidado por la psicología científica a lo largo del último siglo, formaron parte de la agenda reflexiva de pensadores y filósofos provenientes de numerosas tradiciones y desde tiempos muy antiguos. Seligman (2002) mencionó específicamente a Confucio (551-479 A.C.), Aristóteles (385-322 a.C.), Santo Tomás de Aquino (1225-1274) y al código samurái *Bhagavad-Gītā*. Estos autores, pese a su diversidad cultural e histórica, comparten ciertos elementos comunes que pueden ser reconocidos en todos ellos e incluyen seis virtudes centrales: 1) sabiduría y conocimiento, 2) coraje, 3) amor y humanidad, 4) justicia, 5) templanza y 6) espiritualidad y trascendencia. Cada una de estas

virtudes cardinales puede a su vez dividirse con el propósito de lograr una mejor comprensión y clasificación. La sabiduría comprende las fortalezas de la curiosidad, amor por el aprendizaje, juicio, originalidad, inteligencia social y perspectiva. El amor incluye la amabilidad, generosidad, cuidado y la capacidad de amar y ser amado. Apuntaba Seligman (2002) que la convergencia de conceptos con miles de años de historia y entre culturas divergentes y no relacionadas entre sí es algo muy remarcable y que la psicología positiva asume este elemento fundamental como su guía de mayor importancia. Peterson & Seligman (2004) ofrecieron una clasificación de las fortalezas y virtudes del carácter, incluyendo a la sabiduría y el conocimiento (creatividad, curiosidad, mentalidad abierta, amor por el aprendizaje y perspectiva o sabiduría), humanidad (amor, amabilidad e inteligencia social), justicia (ciudadanía, justicia y liderazgo), templanza (perdón y misericordia, humildad y modestia, prudencia y auto-regulación) y trascendencia (aprecio de la belleza y la excelencia, gratitud, esperanza, humor, y espiritualidad).

La psicología positiva extendió el rango de sus búsquedas y objetivos hacia una variedad de otros ámbitos y fenómenos que se manifiestan vinculados a su programa general de cambios personales, como por ejemplo lo que se denomina *floreCIMIENTO*. Este aspecto es particularmente importante, pues implica la oportunidad de apertura a las experiencias positivas, incluso en los casos en que el bienestar personal, o la sensación de confortabilidad, puedan sentirse un poco o severamente amenazadas. Por ello se ha vuelto fundamental el concepto de *resiliencia* (Ryff & Singer, 2003) para quienes estudian este punto. En igual contexto se inserta el estudio del optimismo, y lógicamente, su contraparte el pesimismo. Aunque en la psicología pueda ser un recién llegado, el constructo del optimismo exhibe también unos antecedentes históricos remarcables. Peterson & Chang (2003) analizaron el problema distinguiendo al menos dos formas o usos básicos a los que podría referirse. Por un lado, el optimismo es considerado un aspecto inherente a la naturaleza humana. La segunda acepción concierne a las diferencias individuales. En este último sentido, resulta una característica que puede poseerse en diversos grados, variando como cualidad personal de los sujetos. La visión del optimismo como dependiente de las diferencias individuales adopta, a su vez, dos variantes: a) como optimismo disposicional y b) como estilo explicativo. Sin embargo, hasta ahora hubo pocos intentos de comprobar si uno y otro son convergentes o divergentes y, en caso de serlo, el grado real que les correspondería.

El campo de la psicología positiva tampoco permaneció con exclusividad en el plano estricto de la investigación básica, sino que ha buscado trascender al dominio de las aplicaciones. Y es probable que lo haya conseguido con mayor celeridad que la psicología evolucionista. Superando el ubicuo discurso de lo básico versus lo aplicado, que resulta muy común en la psicología contemporánea, se ha iniciado el desarrollo de la psicología positiva aplicada, que cabría considerar como una especialización de la psicología aplicada en general. Linley & Joseph (2004) ofrecieron una definición de trabajo, conforme a la cual, la psicología positiva aplicada es la puesta en práctica de la investigación realizada en psicología positiva hacia la facilitación del funcionamiento humano óptimo. En tal sentido, su implementación puede darse al nivel del individuo, el grupo, la organización, la comunidad o la sociedad. El rango de intervención discurre desde la esfera de los desórdenes y la congoja hasta la salud y el cumplimiento de las obligaciones. Linley & Joseph (2004) establecieron seis puntos básicos contemplados en su definición: a) *Facilitación*: la psicología positiva aplicada no es prescriptiva en el sentido de formular dictados a la gente, sino que busca ser facilitadora, para ayudar a las personas a conseguir sus objetivos; b) *Funcionamiento óptimo*: que incluye una amplia variedad de experiencias, procesos y resultados psicológicos, desde experiencias subjetivas, rasgos individuales positivos y virtudes cívicas; c) *Posición de valor*: la cual es tomada necesariamente al hablar de cosas como la "vida buena", la "buena ciudadanía" u otras similares, que implican una posición de valor asumida y no la neutralidad epistemológica usualmente adscripta a la ciencia; d) *Niveles de aplicación*: en el sentido de que la psicología positiva aplicada extiende su influencia al ámbito del individuo, el grupo, las organizaciones, la comunidad o la sociedad entera, y es plenamente consciente de la relevancia del contexto cultural; e) *Rango completo del funcionamiento humano*: la psicología positiva aplicada trabaja tanto para aligerar el sufrimiento como para promover el funcionamiento psicológico óptimo y f) *Una identidad colectiva, no una nueva especialidad*: los que trabajan en el campo de la psicología buscan, esencialmente, proveer una identidad colectiva y un lenguaje común para todos los psicólogos.

El propósito integracionista de la psicología positiva se vuelve, de esta manera, muy evidente. Una característica que sobresale claramente en esta aproximación es la remarcable versatilidad que demuestra para asimilar conceptos provenientes de líneas de investigación independientes. Buen ejemplo de esto último es la incorporación de la *inteligencia emocional*. Este concepto se utiliza para designar la habilidad de identificar, expresar y comprender las emociones.

Igualmente, se refiere a la asimilación de los factores emotivos al pensamiento y a la regulación de las respuestas emocionales, tanto las positivas como las negativas. Los psicólogos Peter Salovey y John Mayer idearon el modelo de cuatro ramas en que se basa la teoría como un modelo de habilidades relacionadas: 1) percibir, 2) usar, 3) comprender y 4) manejar las emociones. En general, los especialistas sugieren que el enfoque constituye un esquema de gran utilidad para estudiar las diferencias individuales en habilidades que se encuentran relacionadas con el procesamiento de la información emocional. Al mismo tiempo, Salovey & Grewal (2005) consideran que su rol en la personalidad es semejante al desempeñado por la inteligencia analítica, pues permite procesar información emocionalmente relevante en forma eficiente y adecuada. Los temas enfocados en la investigación cubren una importante cantidad de variantes, como la percepción de las emociones, las relaciones de éstas con el pensamiento y la acción, la comprensión y representación de los procesos emotivos, su manejo y regulación, sensibilidad y flexibilidad, y las relaciones entre la teoría de la mente y la inteligencia emocional (Feldman Barrett & Salovey, 2002). Por otra parte, Salovey & Mayer (1990) definieron la inteligencia emocional como un subgrupo de la inteligencia social que involucra la capacidad de monitorear los sentimientos y emociones propios y de los otros, con el fin de discriminar entre ellos y usar la información respectiva para guiar los propios pensamientos y acciones individuales.

En la década de 1990, y tras la publicación de los trabajos de Salovey y Mayer, muchos psicólogos estimaron que la teoría cognitiva no parecía suficiente para explicar los procesos involucrados en la actividad mental. Por ello comenzaron a incorporar la discusión de los aspectos emocionales como parte del desarrollo social de la inteligencia (Molero Moreno, Saiz Vicente & Esteban Martínez, 1998). El éxito creciente motivó que numerosos constructos que integraban la teoría comenzaran a fusionarse con el de otras tendencias psicológicas, algunas originarias de ámbitos adyacentes como la teoría de la personalidad, y en forma particular el modelo de los cinco factores de McCrae & Costa (1996). No obstante, Mayer, Salovey, Caruso & Cherkasskiy (2011) abogaron por un retorno de estos conceptos extrínsecos al ámbito donde originalmente pertenecen, descartando todo aquello a lo que no tenga sentido denominar inteligencia emocional. Las perspectivas de estudio continuaron fortaleciéndose desde su inyección en 1990, con la aparición de nuevos esquemas como el de la inteligencia social-emocional de Reuven Bar-On, por ejemplo (Bar-On, 2006). Con sus libros escritos en un lenguaje popular y directo, el divulgador Daniel Goleman es quien ha logrado la mayor popularización de este amplio conjunto de ideas (Goleman, 1997).

La sabiduría es otra de las temáticas que concitó la atención de los psicólogos en tiempo reciente. Pero como todos los demás asuntos que aborda la psicología positiva, éste tampoco es un tema enteramente nuevo, pues ha estado presente en muchos textos de la antigüedad, desde los clásicos griegos (Thompson, 2002) hasta la Santa Biblia (Gericke, 2011). Por ejemplo, en el Antiguo Testamento, Libro de los Proverbios, capítulo 9, versículos 1 al 18, se habla de la sabiduría y la mujer insensata. Sin embargo, culturas más antiguas como los sumerios, que vivieron 5.000 años antes de Cristo, introdujeron la literatura básica sobre estas cuestiones, y que fue conservada en su forma original como tabletas de arcilla (Birren & Svensson, 2005). Para ellos, la sabiduría consistía en consejos prácticos para la vida cotidiana. En la civilización egipcia, que floreció entre el 3200 y el 300 a.C., también se encuentran textos que hacen alusión a la recta conducta. Estos libros de los egipcios influyeron sobre las concepciones de la sabiduría que el pueblo hebreo inmortalizó en varias de las piezas que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento.

En Grecia, donde nació la filosofía tal como hoy la entendemos, afloraron reflexiones en la obra de muchos pensadores. No hay que olvidar que el mismo vocablo *filosofía*, etimológicamente, significa *amor a la sabiduría*. Desde Tales, pasando por Sócrates, Platón y Aristóteles, aparte otros autores de importancia histórica, se encuentran nociones claras al respecto. El primero se detuvo en consideraciones sobre lo que es el bien y lo que es lo justo, mientras que Platón pensaba que la sabiduría es una virtud de la razón que no sólo sirve para comprender la verdad sino también para gobernar la conducta. En efecto, hay una sabiduría que es *sophia*, la persecución contemplativa de la verdad y una que es *phronesis*, referida al curso prudente de la acción y que rechaza el dominio de las pasiones. Además, se debe estimar a la sabiduría como *episteme*, que corresponde al desarrollo del pensamiento científico (Robinson, 1990). Aristóteles, el gran discípulo de Platón, distinguió entre la sabiduría práctica, que homologaba con la prudencia, y la sabiduría teórica, a la que designó simplemente como "sabiduría" a secas (Birren & Svensson, 2005). Para él, las virtudes eran interdependientes unas con otras, y la felicidad o *eudaimonia* requería el concurso de todas ellas (Schwartz & Sharpe, 2006). Muchos autores de los siglos posteriores, entre los que cabe mencionar a personalidades tan variadas y surgidas de contextos diversos como Santo Tomás de Aquino, Michel

de Montaigne (1533-1592) y Rene Descartes, podrían ser mencionados en esta secuencia, y desde luego las tradiciones orientales que emergieron desde China hasta la India.

El estudio de la sabiduría se acopló plenamente a la agenda de los psicólogos en el tiempo moderno. Sternberg (2003) comprime los acercamientos existentes en los siguientes tipos: a) aproximaciones filosóficas, b) enfoques teóricos implícitos, caracterizados por las concepciones vulgares de la gente respecto a la sabiduría y c) enfoques teóricos explícitos, que son las teorías formales que se proponen para dar cuenta del fenómeno. En este grupo, el programa más consistente y extenso ha sido desarrollado por el psicólogo Paul Baltes (1939-2006). Él consideró que tres clases de elementos forman lo esencial del constructo: 1) factores personales generales, 2) factores específicos de la experticia y 3) contextos experienciales facilitadores. De este modo, la sabiduría se refleja en cinco componentes principales: a) conocimiento factual, b) conocimiento procedural, c) contextualismo del ciclo vital, d) conocimiento relativista y e) incerteza. Baltes & Staudinger (1993) estudiaron la sabiduría en el contexto del envejecimiento cognitivo, un problema que encierra muchas y complejas variables (Baltes & Baltes, 1990). Sin embargo, según avanzaban en la comprensión del problema, concluyeron que vivir largo tiempo no parecía una condición suficiente para el logro de la sabiduría. Debía presentarse más bien una coalición dinámica de situaciones para conducir a las personas hacia esa meta. Entre ellas se cuentan la edad cronológica y disposiciones relacionadas con la personalidad (por ejemplo, la apertura a nuevas experiencias), así como factores relacionados a la experiencia individual.

Baltes lideró el Proyecto de Sabiduría de Berlín en el Instituto Max Planck de Alemania, guiado por una heurística particular que definió la sabiduría, realizó propuestas sobre su ontogenia y aplicación y proveyó criterios para evaluar los productos de la misma (Baltes & Smith, 2008). Debido a que la sabiduría es considerada un punto final ideal para el desarrollo humano, las líneas originales de investigación se fueron desplazando hacia el fenómeno del envejecimiento (Baltes & Kunzmann, 2003). En este plan de trabajo, la sabiduría es definida como un sistema de conocimiento experto concerniente a la pragmática fundamental de la vida (Baltes & Staudinger, 2000). Robert Sternberg, a su vez, propuso una teoría balance de la sabiduría (Sternberg, 2012), de acuerdo a la cual los individuos sabios son aquéllos que toman decisiones basados en sus valores y conocimientos, *balanceando* al mismo tiempo sus intereses conflictivos, ya sea de naturaleza interpersonal, intrapersonal o extrapersonal. De acuerdo a esta visión, el desarrollo de la sabiduría se puede remontar a seis componentes: a) el conocimiento, b) los procesos, c) un estilo de pensamiento apto para juzgar, d) la personalidad, e) la motivación y f) el contexto ambiental (Sternberg, 2013).

Igual que con la psicología evolucionista, la investigación en psicología positiva ha cruzado varias líneas novedosas en los últimos años. Para mencionar sólo unos pocos y selectos ejemplos, Seligman (2008) desarrolló el campo de la salud positiva, que predice el logro de una mayor longevidad, el decrecimiento en los costos de salud, la mejora del estado mental en la vejez y un aumento de la prognosis cuando surge una determinada enfermedad. Por otra parte, Seligman, Verkuil & Kang (2005) analizaron los motivos que hacen de la abogacía una profesión infeliz, mientras Diener & Seligman (2002) compararon a las personas muy felices con las poco felices e identificaron algunos factores que influyen en la elevada felicidad. Pelechano, González-Leandro, García & Moran (2013) examinaron las relaciones entre la felicidad, la personalidad y la psicopatología. En tanto Furr (2005) diferencia la felicidad de la autoestima, Post (2005) explora las relaciones entre las emociones y los comportamientos altruistas con la salud mental y física, y Peterson & Seligman (2003) consideran la influencia que jugaron los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 con los atentados al World Trade Center en Nueva York respecto a las fortalezas del carácter. Seligman, Railton, Baumeister & Sripada (2013) reconocen la *prospección* o la *navegación hacia el futuro* como una característica ubicua de la mente humana y sostienen, al mismo tiempo, que éste es un principio organizador fundamental para el comportamiento -sin embargo, ver la crítica que realizan Fukukura, Helzer & Ferguson (2013)-.

En un campo de aplicación nuevo y socialmente relevante, Diener & Seligman (2004) propusieron que el logro del bienestar debería constituir un foco primario de las políticas públicas, y que su medición rigurosa tiene que convertirse en un imperativo de primer orden entre las prioridades sociales, mientras Cromby (2011) señala los inconvenientes implícitos que surgen para la medición del bienestar, la satisfacción vital y la felicidad a través del uso de cuestionarios de auto-reporte, como se hace actualmente. Florida, Mellander & Rentfrow (2013) sondearon los factores que inciden en la felicidad de las ciudades, en contraposición al análisis, más frecuente en la literatura, sobre la felicidad de las naciones. Por su parte,

Baranowska-Rataj, Matysiak & Mynarska (2014) investigaron si la maternidad ejercida sin la compañía de la pareja masculina incide negativamente en la felicidad de la mujer, Maddux (2008) desafió lo que llama *la ideología de la enfermedad*, considerándola no una categoría natural sino socialmente construida, mientras Peterson, Park & Sweeney (2008) analizan la moral en términos multidimensionales, tanto en los individuos como en los grupos.

La psicología positiva despertó un gran interés en países como Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Perú, generando la publicación de excelentes textos introductorios, como el del psicólogo peruano Reynaldo Alarcón (1924-2020) (Alarcón, 2009), ampliamente reconocido por sus contribuciones a la psicología en su país y en América Latina (Caycho Rodríguez, 2013; Jáuregui Camasca, León Donayre & Rodríguez Rea, 2015; León, 2009). Otros académicos de ese país como Tomás Caycho Rodríguez, Walter Arias Gallegos y sus colaboradores dieron a conocer numerosas publicaciones en esa área (Arias Gallegos, Caycho Rodríguez, Ventura León, Maquera Fernández, Ramírez Chávez & Tamayo Butilier, 2016; Caycho Rodríguez, 2010; Caycho Rodríguez & Castañeda, 2015). Las investigaciones empíricas van en aumento y abren muchas direcciones relevantes. Este crecimiento sostenido dio lugar a la publicación en Chile, a partir del 2014, de la *Revista Latinoamericana de Psicología Positiva*, editada por Andrés Cabezas Corcione, que siguió la senda marcada por *The Journal of Positive Psychology*, editada a partir del 2006, y a la que se asigna una gran importancia para el futuro de la disciplina (Linley, Joseph, Harrington & Wood, 2006). En Argentina, el trabajo de la psicóloga María Martina Casullo (1940-2008) igualmente fue muy reconocido (Mariñelarena-Dondena, 2014). Recientemente, Castro Solano (2012) comentó el desarrollo de la psicología positiva en América Latina y Mariñelarena-Dondena (2012a, 2012b) analizó la formación en la Universidad de Palermo y la Universidad de Buenos Aires, ambas en la capital argentina. Mariñelarena-Dondena & Klappenbach (2009) revisaron, además, las publicaciones difundidas en la revista *Psicodebate*. Aún se dispone de escasas revisiones en países específicos, como es el caso, por ejemplo, de Sudáfrica (Coetzee & Viviers, 2007). En este contexto, desde luego, no están ausentes las disidencias. Académicos como Miller (2008) aportan la óptica crítica, esgrimiendo que la psicología positiva en verdad se funda sobre argumentos falaces. De acuerdo a este autor, ellos tienen que ver con la producción de razonamientos circulares, tautologías, fracasos para definir con claridad o aplicar apropiadamente sus términos, identificación de supuestas relaciones causales donde de hecho no existen y generalizaciones injustificadas. Las objeciones de Pérez-Álvarez (2012) apuntan a la presunta carencia de bases científicas y filosóficas sólidas, arguyendo que el origen de la teoría parece más acorde a un movimiento de tipo religioso que al de una ciencia. En su opinión, la psicología positiva se halla inficionada de falacias sobre la relación entre la felicidad y ciertas características psicológicas, a las que se presume un carácter inherentemente positivo. Estos argumentos suenan muy contundentes y deberán ser respondidos por los psicólogos positivos en el corto plazo. Incluso autoras que representan una valoración favorable hacia este enfoque, han reconocido la carencia de una teoría unificada y coherente que pueda servir como guía eficaz para sus investigaciones (Mariñelarena-Dondena, 2012c). En lo concerniente a este artículo nos quedan por revisar las líneas generales de integración que se proponen para estas dos expresiones tan importantes de la ciencia contemporánea.

Una perspectiva general sobre las convergencias

El objetivo básico de la ciencia es la concordancia, no la divergencia. Cabe presumir que la realidad, planteada a nivel ontológico, es una sola. Por lo tanto, las perspectivas teóricas que buscan dar cuenta sobre ella deberían, de presumirse verdaderas, compartir elementos comunes y no interpretaciones que resulten excluyentes o contradictorias. La psicología, desde sus mismos orígenes, se ha encontrado inconvenientemente fragmentada en escuelas, tradiciones y puntos de vista opuestos y con frecuencia, mutuamente inconmensurables. Esta situación es más perniciosa que benéfica, y arrastra a muchas polémicas inconducentes. La superposición de filosofías implícitas que resultan cismáticas desembocó en la proliferación de enfoques teóricos antagónicos que, aunque resulte algo ya acostumbrado y cotidiano para los representantes de la profesión, es una circunstancia que dista de ser la ideal y deseable en una ciencia que se precie de constructiva. En esta sección queremos sugerir algunos puntos de convergencia, provisionales y posiblemente requeridos de una profundización ulterior, entre dos de los planteamientos más promisorios de nuestros días: la psicología evolucionista y la psicología positiva. Este mayor acercamiento podría encaminarse en base a una consideración compartida de los siguientes puntos:

Los comportamientos estudiados como fortalezas del carácter son características humanas evolucionadas filogenéticamente. Los psicólogos positivos enfatizan que su objeto de estudio son las fortalezas y virtudes del carácter, y dentro de ese extenso panorama, inscriben una importante variedad de temas y problemas asociados, como apuntamos en

las secciones precedentes. Las fortalezas del carácter se conciben como actitudes y comportamientos que pueden generar efectos diversos, pero que normalmente se encuentran destinados a producir un mayor logro de las potencialidades humanas, a más de conducir hacia aquellas metas que vigoricen la búsqueda de sus objetivos esenciales o que, en una palabra, los lleven hacia una vida de mayor plenitud. Se descuenta que los diversos tópicos analizados en la psicología positiva representan condiciones humanas deseables y con una amplia fuerza motivadora. Ellas resumen las aspiraciones ideales en la representación subjetiva que se forman los individuos respecto a lo que serían sus condiciones ideales de existencia. Al mismo tiempo, la mayoría de las llamadas fortalezas del carácter estuvieron presentes en la reflexión de filósofos y pensadores desde tiempos remotos. Y aunque no pueda descartarse el efecto de la difusión cultural, aquél puede considerarse un indicador convincente de que su importancia no se reduce a ideales propiciados en contextos que surgen de una retórica contemporánea. Tampoco es probable que se hallen sugeridas como resultado de la vigencia de filosofías hedonistas e identificadas con el culto del bienestar y la vida disipada. Hay una evidencia creciente que apunta hacia la interculturalidad, lo cual de inmediato es también un criterio en favor de su universalidad. Y uno de los argumentos centrales que sostiene la psicología evolucionista respecto al comportamiento humano es, precisamente, la existencia de una naturaleza humana estable y consistente que trasciende las diferencias impuestas por la inculturación.

Las fortalezas del carácter otorgan ventajas adaptativas al individuo que las posee. Si las disposiciones cognitivas, actitudes y comportamientos involucrados en la sabiduría, la felicidad o el amor se presumen cualidades generales, potencialmente distribuidas en todos los miembros de la especie, resulta congruente suponer que hayan de dispensar ventajas adaptativas a quienes las poseen, aunque posiblemente a grados variables en distintos individuos. Considerando que las características distintivas del carácter reúnen las condiciones que Tooby & Cosmides (1990) suponen universales para la naturaleza humana, en la forma de colecciones típicas de adaptaciones psicológicas complejas, es plausible que estas disposiciones, pensamientos o comportamientos hayan de integrar un conjunto básico de repertorios conductuales, cuya presencia tenga como resultado directo el favorecer un mejor desempeño del individuo en su entorno social. Al mismo tiempo, servirían para optimizar las condiciones de supervivencia. El que las personas busquen afanosamente conseguir la felicidad, la amistad, el amor o el bienestar subjetivo no obedece únicamente a las sensaciones de placer o ventura intrínsecos que las mismas suministran. La deseabilidad que encierran esas experiencias, es decir el que los individuos las consideren lo suficientemente valiosas como para luchar y esforzarse por conseguir las, podría deberse también a la socialización, la educación o el reforzamiento social. Es decir, a la acción del aprendizaje. Además, es factible argumentar que, si las fortalezas del carácter poseen un efecto tan dinamizador sobre el comportamiento humano, y además operan como estímulo para la consecución de ciertos propósitos específicos, conscientemente buscados o no, ello se debe a su impulso motivador, relacionado directamente con la satisfacción de algunas necesidades naturales. Este importante factor, asociado al surgimiento de las emociones positivas que acompañan tales experiencias, podría a su vez servir como medio para el logro de otros fines comportamentales de mayor alcance, más estrechamente ligados a la lucha por la vida, la reproducción y la conservación, que potencien la supervivencia individual y de la especie.

Las fortalezas del carácter identificadas en la psicología positiva involucran ventajas adaptativas con referencia a los entornos actuales que son semejantes o equivalentes a las que se dieron en los ambientes primigenios donde se desarrolló la evolución filogenética humana. Cuando los psicólogos positivos investigan determinados comportamientos, no lo hacen con la presunción de que éstos se hayan originado en ambientes arcaicos. Tampoco adoptan como un recurso explicativo el principio de que tales conductas obedecen a una causalidad eficiente que ejerce su influencia desde un pasado remoto. Por el contrario, su foco de atención es la contemporaneidad conductual, es decir, la consideración del momento presente como la única instancia en la que se resumen los factores condicionantes de la existencia humana. Desde luego, los psicólogos evolucionistas también se ocupan de analizar comportamientos reales en muestras de individuos estudiados bajo circunstancias temporales actuales, y que ocurren en el momento preciso en que se ejecuta la investigación. La obligación de fijarse en los eventos del presente se debe a que la conducta no deja fósiles ni deja marcadas sus huellas imperecederas en las piedras, como lo hacen los cráneos y los restos óseos. No obstante, la metodología de investigación en la psicología evolucionista tampoco prescinde de los datos provenientes del registro fósil, siempre y cuando éstos se hallen efectivamente disponibles, y toda vez que resulte pertinente su uso para los problemas analizados. Sin embargo, por razones obvias, esta no puede ser la norma corriente para obtener todos los datos. La utilización de los hallazgos físicos o arqueológicos es una estrategia relevante, aunque complementaria.

Si bien ambos enfoques se asemejan en esta apelación a los datos recabados de sujetos actuales, la psicología evolucionista agrega un elemento adicional que su contraparte la psicología positiva, por sus mismos fundamentos conceptuales, no requiere tener en cuenta: la presunción de que los conglomerados comportamentales exhibidos por los humanos que habitan el presente tuvieron su origen en ambientes hoy inexistentes y para siempre perdidos, esto es, congelados definitivamente en la privación inexorable que impone el tiempo. Entonces, si los comportamientos estudiados por una y otra orientación resultan en gran medida similares y hasta coincidentes, y si además representan tendencias observables de manera relativamente uniforme e invariable, con una previsible similitud intercultural, entonces parece razonable presumir que serán las mismas propensiones que afianzaron la supervivencia de las poblaciones humanas en un lejano pasado pre-civilizado. Desde luego, la psicología positiva no habrá de ocuparse en realizar esta comprobación. Pero si los psicólogos con agendas darwinistas tienen la capacidad de aportar elementos congruentes que reafirmen tales causalidades, podrían constituir un complemento fundamental y necesario para proveer el necesario sustento filogenético a la comprensión de las fortalezas del carácter. Y lo más importante, posibilitaría una explicación a mayor profundidad respecto del sentido y naturaleza genuina que encierran estos comportamientos.

Las virtudes y fortalezas del carácter integran una parte significativa de los comportamientos humanos evolucionados, aunque no constituyen la totalidad de las disposiciones comportamentales que deberían considerarse. Por una cuestión definitoria pero también de opción valorativa, los psicólogos positivos apuestan por el estudio de los referentes “sanos” del comportamiento, o de aquéllos que rehúyen las clasificaciones patológicas convencionales, y aún de condiciones que, sin involucrar nada semejante a la conducta anormal o desviada, reflejan aspectos negativos asentados en la experiencia humana. Desde luego, en modo alguno se desconoce que se hallen presentes o que ejerzan influencias importantes y determinantes sobre la convivencia cotidiana. La agenda de la psicología positiva no excluye y menos niega la existencia de las disfunciones conductuales. Lo que rige en ella tiene que ver más con una concepción programática, comprometida con el estímulo e incentivo de temas de investigación cuya exploración oportuna se ha visto históricamente oscurecida en la teorización de etapas previas. La psicología evolucionista, en cambio, y debido sobre todo a su lógica interna, no se ve forzada a contraer esos mismos compromisos. Por el contrario, se asume que todos los aspectos relacionados con el comportamiento, ya sea que se consideren o no fortalezas del carácter, forman parte de la realidad humana.

Puede afirmarse incluso que los comportamientos desviados son adaptaciones evolutivas que obedecen a desafíos particulares o presiones ambientales que se han presentado en circunstancias precisas durante el lapso que cubre la filogenia humana. Su persistencia en el tiempo y a través de las culturas redundan en favor de su reconocimiento como parte del repertorio comportamental básico de nuestra especie. Dentro de los supuestos propios del darwinismo, no parece haber otras razones plausibles que justifiquen el que estas tendencias se hayan sostenido sin variación aparente a lo largo de millones de años. Ese es el razonamiento sobre el que autores como Troisi (2012) declaran la utilidad del modelo evolucionista para discutir problemas como las funciones del diagnóstico, tratamiento y prevención de los desórdenes mentales. Queda visto que durante los procesos que acompañaron a la evolución se han seleccionado no sólo comportamientos que conducen hacia una mayor plenitud, sino también aquéllos que acarrear situaciones disfuncionales o productoras de malestar. La consideración de las variables potencialmente ligadas tanto al florecimiento como a las anormalidades conductuales demuestra, a un tiempo, la complementariedad esencial entre ambos puntos de vista.

Muchos de los procesos estudiados por los psicólogos evolucionistas y los psicólogos positivos son los mismos. Si bien estamos ante dos enfoques alternos y que discurren por cauces conceptuales y metodológicos propios, tanto la psicología evolucionista como la psicología positiva comparten un interés común respecto a una serie de tópicos de investigación. Aunque podrían mencionarse varios ejemplos, basta con indicar el de la felicidad, uno de los temas por excelencia en el ámbito de la psicología positiva. Ya hemos visto la importancia fundamental que le cabe en su agenda de investigación. En el contexto de la psicología evolucionista, Buss (2000b) muestra que aspectos como la discrepancia entre los ambientes modernos y los ancestrales, la existencia de mecanismos evolucionados para producir malestar subjetivo y el que la selección natural produjera estilos competitivos que benefician a un solo individuo a expensas de las demás, pueden constituir escollos importantes para el logro de la felicidad. Opina que los humanos también disponen de adaptaciones evolutivas que permiten otras formas significativas de felicidad, como establecer vínculos afectivos, amistades profundas, relaciones de parentesco y coaliciones destinadas a la cooperación. En una aproximación complementaria, Grinde (2002) sugiere tres elementos para entender a cabalidad la naturaleza de la felicidad, partiendo desde un punto de vista similar al de Buss (2000b): a) el primero

es el de la calidad del ambiente, basado en el principio de *evitar la discordia*, b) el segundo se refiere a las sensaciones positivas, conceptualizadas como *recompensas del cerebro* y c) el tercero estima que, en aquellos individuos saludables que lograron manejarse con eficiencia para eludir las discordias emergentes, se observa una tendencia mayor a ser optimistas y positivos. Lo mismo que aseveramos sobre la complementariedad entre la psicología evolucionista y la psicología positiva en referencia al estudio de la felicidad, puede extenderse también a muchos otros asuntos que cultivan estas dos orientaciones.

Existe un complemento fluido entre la selección natural, la herencia genética, el medio ambiente, el comportamiento, la cognición y las emociones. Uno de los malentendidos que se repiten con mayor frecuencia respecto a la teoría de la evolución y las diversas disciplinas que asientan sus principios sobre la investigación científica, es su pretendido carácter determinista, biologicista o genético, que anularía cualquier predominio del medio ambiente circundante, reduciendo toda influencia relevante a la acción de fuerzas que son invariables e inmodificables. En verdad esta no es una objeción nueva, y sus orígenes se proyectan incluso hasta los días de Darwin. Sin embargo, sólo es resultado de una comprensión incompleta, parcial y muy sesgada del modelo y, por lo tanto, susceptible de ser eficazmente rebatida. La transmisión de los patrones biológicos y psicológicos, sobre los que cada vez conocemos en mayor extensión y profundidad, se deben al trabajo de los genes, cuya codificación en el ADN se produce sobre todo por la acción, individual o combinada, de la selección natural y sus diversas variantes relacionadas, como la selección sexual, junto a las mutaciones génicas o cromosómicas. Estas características y rasgos hereditarios se hallan establecidos en el código del ADN y especialmente en el ordenamiento aleatorio que conforman las letras del alfabeto genético, es decir la adenina (a), la citosina (c), la guanina (g) y la timina (t), en formas precisas y estrictas, aunque no enteramente rígidas. Recordemos asimismo que ciertos factores ambientales extremos, como la radiación nuclear o ciertas drogas de las que el LSD es el ejemplo más sorprendente, pueden afectar la estructura del ADN en formas sustanciales.

Sin embargo, las variaciones en la evolución filogenética se producen dependiendo de un factor ineludible, que es la respuesta eficaz del animal a los cambios fortuitos que surgen en su entorno. El que un ser biológico pueda adaptarse satisfactoriamente a los eventos mutables de su ambiente es lo que habrá de establecer la capacidad cierta de supervivencia, vale decir, la posibilidad de continuar su reproducción hacia la siguiente generación de individuos, o su extinción final y definitiva. Para lograr un ajuste eficiente, con frecuencia son necesarias algunas innovaciones radicales, cuya única dirección estará determinada por las alteraciones ocurridas en el medio externo. Vemos, pues, que el ambiente juega un rol decisivo en todos estos casos, y es completamente incorrecto suponer que la evolución sea simplemente una transmisión invariable de la información contenida en el código genético. Si así fuera, cualquier transformación sería imposible, pues no cabrían resquicios para los cambios.

Incluso quienes, como el psicólogo estadounidense B. F. Skinner (1904-1990), alguna vez plantearon la existencia de una *selección por las consecuencias* (Skinner, 1981), es decir, que la conducta se fija en respuesta a los resultados que el comportamiento produce sobre el medio físico o social circundante, no consideraron que la acción de la herencia o del ambiente fuesen excluyentes. La metáfora de Skinner se hallaba específicamente basada en el principio de la selección natural, y de esta manera, él la extendió desde el reino de la filogenia al campo más cotidiano de la ontogenia (Smith, 1990). De manera que un enfoque como el de la psicología positiva, que en este sentido podría visualizarse como más "ambientalista", no debería entrar en conflicto con la psicología evolucionista, al menos por este motivo preciso. Al contrario, deberíamos pensar más bien en la eventualidad de un fructífero complemento. Cualquiera que conozca a fondo la psicología de nuestros días comprende que no tiene mucho sentido plantear una disyuntiva de hierro entre hereditarismo y ambientalismo. La época de la forzada dicotomía galtoniana de naturaleza versus crianza ha quedado definitivamente atrás. Es afortunado que la investigación rigurosa nos haya permitido avanzar un paso más allá. Y es por eso que esta complementariedad nos permite un acercamiento con mejores fundamentos y posibilidades a los problemas estudiados desde ambas perspectivas.

Conclusión

En el amplio y diverso panorama que hoy exhiben las ciencias del comportamiento, la psicología evolucionista y la psicología positiva resaltan como los dos paradigmas de mayor notoriedad. No son los únicos desde luego, pues la dinámica intrínseca de la psicología sigue un curso tan cambiante, versátil y hasta impredecible que nuevas líneas emergen continuamente en la forma de miniteorías, concebidas para abordar y explicar una vasta multiplicidad de problemas en todos los ámbitos que conciernen a la investigación básica y la profesión aplicada. Otra característica muy descollante de la psicología actual es que la conciencia sobre la necesidad de buscar términos y estrategias comunes para el logro de un mayor acercamiento entre las orientaciones, los contenidos y las metodologías ha ido en sostenido aumento, demostrando la aspiración de los psicólogos actuales de construir una ciencia más unificada y coherente. El surgimiento de nuevas aproximaciones, aunque se reduzca al plano de ciertas teorías muy específicas y localizadas a problemas concretos, parece ir a contramano de la deseada convergencia. Por ello, la preocupación de hallar senderos comunes entre las teorías psicológicas y explorarlos consecuentemente no obedece sólo al reconocimiento de que existen puntos de vista compatibles, puesto que no cabe argüir una razón epistemológica válida para que lo disperso no pueda encontrarse un poco más unido. También abunda una razón de orden más práctico, pues en la medida que la psicología pueda hallar un lenguaje consensuado, habrá de mejorar su coherencia interna. De lograrlo, inevitablemente ganará las credenciales suficientes para sostener un diálogo constructivo y sin cortapisas con otras ciencias más estructuradas, para las que el problema de la atomización en escuelas rivales ya no es un obstáculo en su avance cualitativo. Y aunque más no fuera por eso, el empeño por lograr la convergencia y superar la disparidad es un objetivo digno de perseguir.

Tanto la psicología evolucionista como la psicología positiva tienen sus raíces en visiones del mundo con amplia difusión e itinerario histórico, no sólo en el marco de la ciencia sino en el de la especulación filosófica también. El intento de armonizar dos propuestas divergentes, o cuando menos muy distintas, puede lograrse integrando programas de investigación, acercando definiciones aparentemente inconexas, o buscando la complementariedad en sus análisis. El propósito esencial debería provenir de la discusión y homogeneización de los esquemas filosóficos subyacentes, que es lo que de hecho marca la tendencia centrífuga de las teorías. Es decir que en la diversidad de los fundamentos filosóficos radican los verdaderos motivos que alientan la desunión (Goertzen, 2010). Este es un designio arduo de lograr, que requiere discusiones amplias, detalladas y profundas, y que sin duda insumirán un tiempo considerable, exigiendo además un respetable esfuerzo intelectual. Y aunque más temprano que tarde habrá que emprender esa tarea, no es lo que pretendimos lograr aquí. Sería un esfuerzo prematuro y muy presuntuoso. Es preferible comenzar primero con discusiones de alcance más limitado, pero de abordaje más simple, que contribuyan a señalar caminos posibles hacia los cuales pueda orientarse una investigación con agendas compartidas, y la interpretación de resultados desde una óptica bidireccional.

La psicología evolucionista y la psicología positiva constituyen dos opciones excelentes para mostrar, en los hechos, la posibilidad de lograr esta clase de síntesis integradora. Obtener lo mismo, pero abarcando todo el resto de la psicología, es una aspiración inmensamente más difícil. Conseguirlo será posible únicamente con la inversión de mucho tiempo, dedicación, talento y paciencia. En ámbitos más restringidos, las opciones son mejores. Si bien la psicología evolucionista y la psicología positiva parten de supuestos producidos en troncos conceptuales disímiles, pueden ser complementadas a través de una serie de asuntos básicos, que constituyen los ejes para una combinación fructífera de ambas. Estos se refieren, entre otros, a temas como el de las fortalezas del carácter estudiadas por la psicología evolucionista, que pueden ser visualizadas como características que se modelaron gracias a la evolución filogenética, así como las ventajas adaptativas que las mismas ofrecen a nivel comportamental. También es posible remarcar su utilidad como estrategias de adaptación para los medios ambientales modernos, de una forma equivalente, aunque por supuesto distinta a como lo hicieron en el contexto ancestral en que se originaron. Lo mismo puede argumentarse respecto a su sentido y significación entre los comportamientos evolucionados, aunque no constituyan necesariamente la totalidad que abarcan los mismos, dejando abierta la puerta de la investigación a la búsqueda de otras unidades de comportamiento equiparables. Está claro que una comparación entre ambas aproximaciones teóricas permite vislumbrar que los procesos estudiados tanto por los psicólogos evolucionistas como por los psicólogos positivos son casi los mismos, aunque varíen un poco en los detalles que impone la mirada conceptual respectiva de cada modelo. La acción determinante que juegan la evolución y la herencia biológica, operando en conjunto con el medio ambiente, respecto a variables psicológicas esenciales como el comportamiento, los procesos cognitivos y las

emociones, permiten constatar el beneficio que aporta un estudio que combine ambas perspectivas, con el fin de lograr una visión más congruente y totalizante del comportamiento.

Pese a que los tópicos discutidos en este artículo son apenas los peldaños iniciales en el largo ascenso hacia una síntesis conceptual de mayor validez y generalidad, es evidente que sirven para atenuar los partidismos excluyentes que imponen las teorías, conduciéndonos hacia explicaciones que posibiliten un mayor consenso. A quienes piensen que la unificación de enfoques teóricos disímiles, al menos hasta donde ello resulte factible, pretende abreviar en demasía la complejidad inherente del comportamiento y la cognición, habremos de responderles que, lejos de simplificar en exceso, se busca hacer mayor honor a la complejidad, estableciendo una racionalidad más completa para el estudio de los fenómenos involucrados. Debemos abandonar la idea de que la anarquía conceptual aún imperante en amplios sectores de la psicología es un tributo, o una manifestación inevitable, de su presunta complejidad. La ciencia en general no debe abdicar nunca en su propósito de explicar la realidad de la forma más directa, congruente y realista que pueda, pero al mismo tiempo, con la mayor simpleza y claridad posibles. Ese es, precisamente, el camino que debe seguir la psicología.

REFERENCIAS

- Alarcón, R. (2009). *Psicología de la felicidad, precedida de Introducción a la psicología positiva*. Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria.
- Alcock, J. (2001). *The triumph of Sociobiology*. New York: Oxford University Press.
- Allen, C. & Bekoff, M. (1997). *Cognitive ethology and philosophy of mind: An interdisciplinary approach*. Cambridge: Bradford.
- Alvarez, F. (1994). Una historia de la Etología. En J. Carranza (Ed.), *Etología. Introducción a la ciencia del comportamiento* (pp. 25-38). Cáceres: Universidad de Extremadura.
- Apostolou, M. (2013). The parental choice branch of sexual selection: Re-examining the evolution of mating behavior. *Journal of Integrated Social Sciences*, 3(1), 37-54. www.jiss.org
- Apostolou, M. & Kasapi, K. & Arakliti, A. (2015). Will they do as we wish? An investigation of the effectiveness of parental manipulation on mating behavior. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 28-36.
- Archer, J. (1999). *The nature of grief. The evolution and psychology of reactions to loss*. London: Routledge.
- Ardila, R. (2003). La necesidad de unificar la psicología: El paradigma de la síntesis experimental del comportamiento. *Revista Colombiana de Psicología*, 12(1), 28-37.
- Arias Gallegos, W. L.; Caycho Rodríguez, T.; Ventura León, J. L.; Maquera Fernández, C.; Ramírez Chávez, M. & Tamayo Butilier, X. (2016). Análisis exploratorio de la escala de felicidad de Lima en universitarios de Arequipa (Perú). *Psychologia: Avances de la disciplina*, 10(1), 13-24.
- Atkinson, W. W. (1920). *La magia mental*. Barcelona: Feliu y Susanna Editores.
- Ayala, F. J. (1980). *Origen y evolución del hombre*. Madrid: Alianza.
- Baldwin, J. M. (1895). *Mental development in the child and the race. Methods and processes*. New York: Macmillan.
- Baldwin, J. M. (1896). A new factor in evolution. *The American Naturalist*, 30(354), 441-451; 30(355), 536-553.
- Baltes, P. & Baltes, M. M. (Eds.) (1990). *Successful aging. Perspectives from the behavioral sciences*. New York: Cambridge University Press.
- Baltes, P. & Kunzmann, U. (2003). Wisdom. *The Psychologist*, 16(3), 131-133.
- Baltes, P. & Smith, J. (2008). The fascination of wisdom. Its nature, ontogeny, and function. *Perspectives on Psychological Science*, 3(1), 56-64.
- Baltes, P. & Staudinger, U. M. (1993). The search for a psychology of wisdom. *Current Directions in Psychological Science*, 2(3), 75-80.
- Baltes, P. & Staudinger, U. M. (2000). Wisdom: A metaheuristic (pragmatic) to orchestrate mind and virtue toward excellence. *American Psychologist*, 55(1), 122-136.
- Bar-On, R. (2006). The Bar-On model of emotional-social intelligence (ESI). *Psicothema*, 18(supl.), 18-25.
- Baranowska-Rataj, A., Matysiak, A. & Mynarska, M. (2014). Does lone motherhood decrease women's happiness? Evidence from qualitative and quantitative research. *Journal of Happiness Studies*, 6 (15), 1457-1477.
- Bickerton, D. (2009). *Adam's tongue. How humans made language. How language made humans*. New York: Hill and Wang.
- Bingham, P. M. & Souza, J. (2012). Ultimate causation in evolved human political psychology: Implications for public policy. *Journal of Social, Evolutionary, and Cultural Psychology*, 6(3), 360-383.
- Birren, J. E. & Svensson, C. M. (2005). Wisdom in history. En R. J. Sternberg & J. Jordan (Eds.), *A handbook of wisdom: Psychological perspectives* (pp. 3-31). New York: Cambridge University Press.
- Bishop, M. A. (2015). *The good life. Unifying the philosophy and psychology of well-being*. New York: Oxford University Press.
- Blaffer Hrdy, S. (1999). *The woman that never evolved*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Boakes, R. A. (1989). *Historia de la psicología animal. De Darwin al conductismo*. Madrid: Alianza.
- Bolhuis, J. J., Brown, G. R., Richardson, R. C., Laland, K. N. (2011). Darwin in mind: New opportunities for Evolutionary Psychology. *PLoS Biology*, 9(7), 1-8. www.plosbiology.org

- Brannigan, A. (1997). Self-control, social control, and evolutionary psychology: Towards an integrated perspective on crime. *Canadian Journal of Criminology*, 39(4), 403-431.
- Briebescas, R. G., Ellison, P. T. & Gray, P. B. (2012). Male life history, reproductive effort, and the evolution of the genus homo. *New Directions and Perspectives. Current Anthropology*, 53(6), 424-435.
- Buller, D. J. (2005). *Adapting minds. Evolutionary Psychology and the persistent quest for human nature.* Cambridge MA: Bradford.
- Buss, D. M. (1991). Evolutionary personality psychology. *Annual Review of Psychology*, 42, 459-491.
- Buss, D. M. (1999). *Evolutionary Psychology. The new science of the mind.* Needham Heights: Allyn & Bacon.
- Buss, D. M. (2000a). *The dangerous passion. Why jealousy is as necessary as love and sex.* New York: The Free Press.
- Buss, D. M. (2000b). The evolution of happiness. *American Psychologist*, 55(1), 15-23.
- Buss, D. M. (2001). Cognitive biases and emotional wisdom in the evolution of conflict between the sexes. *Current Directions in Psychological Science*, 10(6), 219-223.
- Buss, D. M. (2006). The evolution of love. En R. J. Sternberg & K. Weis (Eds.), *The new psychology of love* (pp. 65-86). New Haven: Yale University Press.
- Buss, D. M. (2009). How can Evolutionary Psychology successfully explain personality and individual differences? *Perspectives on Psychological Science*, 4(4), 359-366.
- Buss, D. M. (2012). The evolutionary psychology of crime. *Journal of Theoretical and Philosophical Criminology*, 1(1), 90-98.
- Buss, D. M. (2013). Sexual jealousy. *Psychological Topics*, 22(2), 155-182.
- Buss, D. M. & Hawley, P. H. (2011). *The evolution of personality and individual differences.* New York: Oxford University Press.
- Capaldi, N. (2004). *John Stuart Mill: A biography.* New York: Cambridge University Press.
- Carr, A. (2004). *Positive Psychology. The science of happiness and human strengths.* Hove: Brunner-Routledge.
- Castro Solano, A. (2012). La psicología positiva en América Latina: Desarrollos y perspectiva. *Psiencia: Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 4(2), 108-116. www.psiencia.org
- Caycho Rodríguez, T. (2010). Variables psicológicas asociadas con la felicidad en centros peri-urbanos y urbanos marginales de Lima. *UCV-Scientia*, 2(1), 61-68.
- Caycho Rodríguez, T. (2013). Aproximación a la obra psicológica de Reynaldo Alarcón y su contribución a la psicología científica en el Perú. *Revista de Historia de la Psicología*, 34(3), 7-24.
- Caycho Rodríguez, T. & Castañeda, M. C. (2015). Felicidad y optimismo en adolescentes y jóvenes peruanos y paraguayos: Un estudio predictivo. *Salud & Sociedad*, 6(3), 250-263.
- Coetzee, S. & Viviers, R. (2007). An overview of research on positive psychology in South Africa. *South African Journal of Psychology*, 37(3), 470-490.
- Cosmides, L. & Tooby, J. (1987). From evolution to behavior: Evolutionary psychology as the missing link. En J. Dupré (Ed.), *The latest on the best: Essays on evolution and optimality* (pp. 277-306). Cambridge, Massachusetts: Bradford Books.
- Cromby, J. (2011). The greatest gift? Happiness, governance and psychology. *Social and Personality Psychology Compass* 5(11), 840-852.
- Cross, C. (2010). Sex differences in same-sex direct aggression and sociosexuality: The role of risky impulsivity. *Evolutionary Psychology*, 8(4), 779-792. www.epjournal.net
- Daly, M. & Wilson, M. (1988a). *Homicide.* New Brunswick: Transaction.
- Daly, M. & Wilson, M. (1988b). Evolutionary social psychology and family homicide. *Science*, 242, 519-524.
- Daly, M. & Wilson, M. (2001). Risk-taking, intrasexual competition, and Homicide. En J. A. French, A. C. Kamil & D. W. Leger (Eds.), *Evolutionary Psychology and Motivation (Nebraska Symposium on Motivation, 47).* Lincoln: University of Nebraska Press.
- Darwin, C. (1859). *The origin of species by means of natural selection or the preservation of favoured races in the struggle for life.* London: John Murray.
- Darwin, C. (1871). *The descent of man, and selection in relation to sex.* New York: D. Appleton & Company, 2 volumes.
- Darwin, C. (1872). *The expression of the emotions in man and animals.* London: John Murray.
- Darwin, C. (1876). Sexual selection in relation to monkeys. *Nature*, 15, 18-79.
- de Waal, F. B. M. (2001). The Inevitability of Evolutionary Psychology and the limitations of adaptationism: Lessons from the other primates. *International Journal of Comparative Psychology*, 14(1-2), 25-42.
- Deacon, T. W. (1997). *The symbolic species. The co-evolution of language and the brain.* New York: W. W. Norton.
- Diener, E. (2013). The remarkable changes in the science of subjective well-being. *Perspectives on Psychological Science*, 8(6), 663-666.
- Diener, E. & Biswas-Diener, R. (2008). *Happiness. Unlocking the mysteries of psychological wealth.* Malden: Blackwell.
- Diener, E. & Seligman, M. E. P. (2002). Very happy people. *Psychological Science*, 13(1), 81-84.
- Diener, E. & Seligman, M. E. P. (2004). Beyond money. Toward an economy of well-being. *Psychological science in the public interest*, 5(1), 1-31.
- Distin, K. (2011). *Cultural evolution.* New York: Cambridge University Press.
- Duntley, J. D. & Buss, D. M. (2012). The evolution of stalking. *Sex Roles*, 66(5-6), 311-327.
- Duntley, J. D. & Shackelford, T. K. (Eds.) (2008). *Evolutionary forensic psychology.* New York: Oxford University Press.
- Durham, J. D.; Mather, R. D. & Dunn, S. M. (2019). Sexual selection. En V. Zeigler-Hill & T. K. Shackelford (Eds.), *Encyclopedia of Personality and Individual Differences.* New York: Springer.
- Durkheim, E. (1919). *Les règles de la méthode sociologique.* Paris: Félix Alcan, Séptima Edición.
- Eastwick, P. W. (2009). Beyond the Pleistocene: Using phylogeny and constraint to inform the evolutionary psychology of human mating. *Psychological Bulletin*, 135(5), 794-821.
- Farrelly, D., Owens, R., Elliott, H. R., Walden, H. R. & Wetherell, M. A. (2015). The effects of being in a "new relationship" on levels of testosterone in men. *Evolutionary Psychology*, 13(1), 250-261. www.epjournal.net

- Feldman Barrett, L. & Salovey, P. (2002). *The wisdom in feeling. Psychological processes in emotional intelligence*. New York: The Guilford Press.
- Fernández Ríos, L. (1987). *Psicología Comparada, Etología y Salud Mental*. Revista Latinoamericana de Psicología, 19(2), 195-220.
- Fernández Rodríguez, T. R. (1984). Consideraciones preliminares. En C. Darwin, *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (pp. 7-34). Madrid: Alianza.
- Fitzgerald, C. J. (2012). Evolution in the office: How evolutionary psychology can increase employee health, happiness, and productivity. *Evolutionary Psychology*, 10(5), 770-781. www.epjournal.net
- Fletcher, G. J. O. (2002). *The new science of intimate relationships*. Malden:Blackwell.
- Fletcher, G. J. O., Simpson, J. A. Campbell, L. & Overall, N. C. (2015). Pair-bonding, romantic love and evolution: The curious case of Homo sapiens. *Perspectives on Psychological Science*, 10(1), 20-36.
- Florida, R., Mellander, C. & Rentfrow, P. J. (2013). The happiness of cities. *Regional Studies*, 47(4), 613-627.
- Forgas, J. P., Haselton, M. G. & von Hippel, W. (Eds.) (2007). *Evolution and the social mind: Evolutionary psychology and social cognition*. New York: Psychology Press.
- Frankl, V. E. (1999). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder. Vigésima Edición.
- Franklin, S. S. (2010). *The psychology of happiness. A good human life*. New York: Cambridge University Press.
- Freud, S. (1923/1981). El "Yo" y el "Ello". En *Obras completas, Volumen III* (pp. 2701-2728). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fridlund, A. J. (1994). *Human facial expression. An evolutionary view*. San Diego: Academic Press.
- Friedman, H. (2008). Humanistic and positive psychology: The methodological and epistemological divide. *The Humanistic Psychologist*, 36(2), 113-126.
- Froh, J. J. (2004). The history of positive psychology: Truth be told. *NYS Psychologist*, 16(3), 18-20.
- Fukukura, J., Helzer, E. G. & Ferguson, M. J. (2013). Prospecction by any other name? A response to Seligman et al. (2013). *Perspectives on Psychological Science*, 8(2), 146-150.
- Furr, R. M. (2005). Differentiating happiness and self-esteem. *Individual Differences Research*, 3(2), 105-127.
- Gabora, L. & Kaufman, S. B. (2010). Evolutionary approaches to creativity. En J. C. Kaufman & R. J. Sternberg (Eds.), *The Cambridge Handbook of Creativity* (pp. 279-300). New York: Cambridge University Press.
- Galarsi, M. F. (2011). Comportamiento, historia y evolución. *Fundamentos en Humanidades*, 12(2), 89-102.
- Gangestad, S. W. (2001). Sexual selection, good genes, and human mating. En H. R. Holcomb III (Ed.), *Conceptual challenges in Evolutionary Psychology. Innovative research strategies* (pp. 143-178). Dordrecht: Springer.
- Gangestad, S. W. & Scheyd, G. J. (2005). The evolution of human sexual attractiveness. *Annual Review of Anthropology*, 34, 523-548.
- Gangestad, S. W. & Simpson, J. A. (Eds.) (2007). *The evolution of mind. Fundamental questions and controversies*. New York: Guilford.
- García, J. E. (2014). Beginnings and development of Experimental Psychology in five countries of South America. En A. J. Thornton (Ed.), *Advances in Experimental Psychology Research* (pp. 23-114). New York: Nova Science Publishers.
- García, J. E. (2015a). "Conducta" de John B. Watson: actualidad y vigencia cien años después. *Revista Peruana de Historia de la Psicología*, 1(1), 81-106.
- García, J. E. (2015b). El comportamiento criminal desde un punto de vista evolucionista. *Persona*, 18, 27-46.
- García, J. E. (2015c). Las brechas del pensamiento en la historia de la psicología. *Arandu-UTIC, Revista Científica Internacional*, 2(1), 29-73.
- García, J. E. (2015d). *La psicología de la felicidad de Bertrand Russell*. Manuscrito sometido a publicación.
- García, J. E. (2020). La psicología evolucionista de la familia. En W. L. Arias Gallegos (Ed.), *Psicología y Familia: Cinco enfoques sobre familia y sus implicancias psicológicas* (pp. 89-159). Arequipa: Joshua Editores.
- Geary, D. C. (1998). *Male, female. The evolution of human sex differences*. Washington DC: American Psychological Association.
- Geary, D. C. (2005). *The origin of mind. Evolution of brain, cognition, and general intelligence*. Washington DC: American Psychological Association.
- Geary, D. C. & Huffman, K. J. (2002). Brain and cognitive evolution: Forms of modularity and functions of mind. *Psychological Bulletin*, 128(5), 667-698.
- Geary, D. C., Vigil, J. & Byrd-Craven, J. (2004). Evolution of human mate choice. *The Journal of Sex Research*, 41(1), 27-42.
- Geher, G. (2006). Evolutionary Psychology is not evil! (... and here's why ...) *Psychological Topics*, 15(2), 181-202.
- Genovese, J. E. C. (2007). Evolutionary psychology and behavior analysis: Toward convergence. *The Behavior Analyst Today*, 8(2), 187-195.
- Gericke, J. W. (2011). The concept of wisdom in the Hebrew Bible: A comparative-philosophical analysis. *Verbum et Ecclesia*, 32(1), 513 (6 pages).
- Gervais, W. M. (2015). Override the controversy: Analytic thinking predicts endorsement of evolution. *Cognition*, 142, 312-321.
- Gervais, W. M. & Norenzayan, A. (2012). Analytic thinking promotes religious disbelief. *Science*, 336(6080), 493-496.
- Gintis, H. (2007). A framework for the unification of the behavioral sciences. *Behavioral and Brain Sciences*, 30(1), 1-61.
- Glass, D. J. (2012). Evolutionary clinical psychology, broadly construed: Perspectives on obsessive-compulsive disorder. *Journal of Social, Evolutionary, and Cultural Psychology*, 6(3), 292-308.
- Goertzen, J. R. (2010). Dialectical pluralism: A theoretical conceptualization of pluralism in psychology. *New Ideas in Psychology*, 28(2), 201-209.
- Goleman, D. (1997). *La inteligencia emocional*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Gorelik, G. (2014). Evolutionary awareness. *Evolutionary Psychology*, 12(4), 783-813. www.epjournal.net
- Gray, P. B. (2013). Evolution and human sexuality. *American Journal of Physical Anthropology*, 57, 94-118.
- Gray, P. B. & García, J. R. (2013). *Evolution and human sexual behavior*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

- Green, C. D. (2009). Darwinian Theory, Functionalism, and the first American psychological revolution. *American Psychologist*, 64(2), 75-83.
- Grinde, B. (2002). Happiness in the perspective of evolutionary psychology. *Journal of Happiness Studies*, 3(4), 331-354.
- Hackney, C. H. (2007). Possibilities for a Christian Positive Psychology. *Journal of Psychology and Theology*, 35(3), 211-221.
- Henriques, G. R. (2011). *A new unified theory of psychology*. New York: Springer.
- Henson, H. K. (2006). Evolutionary psychology, memes and the origin of war. *Mankind Quarterly*, 46(4), 443-459.
- Hertler, S. C. (2015). Migration load, ecological opportunity, and Obsessive Compulsive Personality Disorder Etiology: Obsessive character as an adaptation to seasonality. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 52-67.
- Hervás, G. (2009). Psicología positiva: Una introducción. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 23(3), 23-41.
- Hilty, C. (1903). *Happiness. Essays on the meaning of life*. New York: Macmillan.
- Hobbes, T. (1651/1904). *Leviathan*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hodges, G. (1906). *The pursuit of happiness*. New York: Doubleday, Page & Company.
- Holowchak, M. A. (2004). *Happiness and Greek ethical thought*. New York: Continuum.
- Hughes, J. L. (2004). The role of happiness in Kant's ethics. *Aporia*, 14(1), 61-72.
- Jacobs, D. (2010). Is there really mental disorder? *The Humanistic Psychologist*, 38(4), 355-374.
- Jacobsen, B. (2007). What is happiness? The concept of happiness in existential psychology and therapy. *Existential Analysis*, 18(1), 39-50.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. New York: Henry Holt and Company, 2 volúmenes.
- Jáuregui Camasca, D.; León Donayre, R. & Rodríguez Rea, M. A. (Eds.) (2015), *Homenaje a Reynaldo Alarcón*. Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria.
- Jørgensen, I. S. & Nafstad, H. E. (2004). Positive Psychology: Historical, philosophical, and epistemological perspectives. En P. A. Linley & S. Joseph (Eds.), *Positive Psychology in practice* (pp. 15-34). Hoboken: Wiley.
- Kappeler, P. M. & Silk, J. B. (2010). *Mind the gap: Tracing the origins of human universals*. New York: Springer.
- Kappeler, P. M. & van Schaik, C. P. (2004). Sexual selection in primates: Review and selective preview. En P. M. Kappeler & C. P. van Schaik (Eds.), *Sexual selection in primates: New and comparative perspectives* (pp. 3-23). New York: Cambridge University Press.
- Kenrick, D. T., Trost, M. R. & Sundie, J. M. (2004). Sex roles as adaptations: An evolutionary perspective on gender differences and similarities. En A. H. Eagly, A. E. Beall & R. J. Sternberg (Eds.), *The psychology of gender* (pp. 65-91). New York: The Guilford Press, Segunda Edición.
- Kimble, G. A. (1996). *Psychology: The hope of a science*. Cambridge MA: The MIT Press.
- Kruger, D. J., Fisher, M. L., Fitzgerald, C. J., Garcia, J. R., Geher, G. & Guitart, A. E. (2015). Sexual and emotional aspects are distinct components of infidelity and unique predictors of anticipated distress. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 44-51.
- Kuhn, T. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press, Segunda Edición.
- Leger, D. W. & Kamil, A. C. (2001). Introduction: Fear and loathing of evolutionary psychology in the social sciences. En J. A. French, A. C. Kamil & D. W. Leger (Eds.), *Evolutionary Psychology and Motivation (Nebraska Symposium on Motivation, 47)* (pp. ix-xxiii). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Lehner, P. H. (1996). *Handbook of ethological methods*. New York: Cambridge University Press, Segunda Edición.
- León, R. (2009). La contribución de Reynaldo Alarcón al desarrollo y fortalecimiento de la psicometría en el Perú. *Revista de Investigación en Psicología*, 12(2), 239-250.
- Linley, P. A. & Joseph, S. (2004). *Applied Positive Psychology: A new perspective for professional practice*. En P. A. Linley & S. Joseph (Eds.), *Positive Psychology in practice* (pp. 3-12). Hoboken: Wiley.
- Linley, P. A.; Joseph, S.; Harrington, S. & Wood, A. M. (2006). Positive psychology: Past, present, and (possible) future. *The Journal of Positive Psychology* 1(1): 3-16.
- Logue, A. W. (1978). Behaviorist John B. Watson and the continuity of the species. *Behaviorism*, 6(1), 71-79.
- Longa, V. M. (2006). A misconception about the Baldwin Effect: Implications for language evolution. *Folia Lingüística* 40(3-4), 305-318.
- Longa, V. M. (2009). Sobre el Efecto Baldwin y la noción de herencia. *Signos Filosóficos*, 11(21), 43-72.
- Lopez, A. C. & McDermott, R. (2012). Adaptation, Heritability, and the emergence of Evolutionary Political Science. *Political Psychology*, 33(3), 343-362.
- Lordelo, E. R. (2010). A Psicologia Evolucionista e o conceito de cultura. *Estudos de Psicologia*, 15(1), 55-62.
- Loredo, J. C. (2004). La teoría de la selección orgánica de Baldwin y la escisión entre naturaleza y cultura. *Acción Psicológica*, 3(3), 187-197.
- Low, B. S. (2000). *Why sex matters: A Darwinian look at human behavior*. Princeton: Princeton University Press.
- Lupano Perugini, M. L. & Castro Solano, A. (2010). Psicología positiva: Análisis desde su surgimiento. *Ciencias Psicológicas*, 4(1), 43-56.
- Maddux, J. E. (2008). Positive psychology and the illness ideology: Toward a Positive Clinical Psychology. *Applied Psychology: An international review*, 57, Issue Supplement, 54-70.
- Manrique Tisnés, H. (2011). La contribución de Darwin al surgimiento de la psicología evolutiva. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 3(2), 83-98.
- Mariñelarena-Dondena, L. (2012a). La formación en psicología positiva en la Universidad de Palermo. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 4(1), 21-30. www.psych.unc.edu.ar/racc
- Mariñelarena-Dondena, L. (2012b). Recepción y desarrollo de la psicología positiva en la Universidad de Buenos Aires (1998-2008). *Psiencia. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 4(2), 76-83. www.psiencia.org
- Mariñelarena-Dondena, L. (2012c). Surgimiento y desarrollo de la Psicología Positiva. Análisis desde una historiografía crítica. *Psicodebate*, 12, 9-22.

- Mariñelarena-Dondena, L. (2014). De la epidemiología psiquiátrica a la psicología positiva. Historia de la trayectoria científica de María Martina Casullo. *Universitas Psychologica*, 13(5), 1893-1904. <http://revistas.javeriana.edu.co/sitio/psychologica>
- Mariñelarena-Dondena, L. & Klappenbach, H. (2009). *La Psicología Positiva en la revista Psicodebate (2000-2007)*. *Psicodebate. Psicología, Cultura y Sociedad*, 10, 9-37.
- Martin, M. W. (2007). Happiness and virtue in positive psychology. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 37(1), 89-103.
- Massey-Abernathy, A. R., Byrd-Craven, J. & Swearingen, C. L. (2015). The biological diary of a woman: Physiological consequences of status and social evaluative threat. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 37-43.
- Mayer, J. D., Salovey, P., Caruso, D. R. & Cherkasskiy, L. (2011). Emotional intelligence. En R. J. Sternberg & S. B. Kaufman (Eds.), *The Cambridge Handbook of Intelligence* (pp. 528-549). New York: Cambridge University Press.
- McCrae, R. R. & Costa, P. T. (1996). Toward a new generation of personality theories: Theoretical contexts for the five-factor model. En J. S. Wiggins (Ed.), *The five-factor model of personality. Theoretical perspectives* (pp. 51-87). New York: Guilford.
- McCrae, R. R. & Costa, P. T. (2003). *Personality in adulthood. A five-factor theory perspective*. New York: Guilford.
- McDougall, W. (1912). *An introduction to Social Psychology*. London: Methuen & Co, Sexta Edición.
- McGuire, M. & Troisi, A. (1998). *Darwinian Psychiatry*. New York: Oxford University Press.
- McKibbin, W. F., Miner, E. J., Shackelford, T. A., Ehrke, A. D. & Weekes-Shackelford, V. A. (2014). Men's mate retention varies with men's personality and their partner's personality. *Personality and Individual Differences* 56(1), 62-67.
- McKibbin, W. F., Shackelford, T. K., Goetz, A. T. & Starratt, V. G. (2008). Why do men rape? An evolutionary psychological perspective. *Review of General Psychology*, 12(1), 86-97.
- McKnight, J. (1997). *Straight science? Homosexuality, evolution and adaptation*. London: Routledge.
- Mill, J. S. (1863). *Utilitarianism*. London: Parker, Son, and Bourn, West Strand.
- Miller, A. (2008). A critique of Positive Psychology - or 'The New Science of Happiness'. *Journal of Philosophy of Education*, 42(3-4), 591-608.
- Molero Moreno, C., Saiz Vicente, E. & Esteban Martínez, C. (1998). Revisión histórica del concepto de inteligencia: una aproximación a la inteligencia emocional. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 30(1), 11-30.
- Morgan, C. L. (1896). *An introduction to Comparative Psychology*. London: Walter Scott, Ltd.
- Norenzayan, A. & Gervais, W. M. (2013). The origins of religious disbelief. *Trends in Cognitive Sciences*, 17(1), 20-25.
- O'Brien, C. (2008). Sustainable happiness and the trip to school. *World Transport Policy & Practice*, 14(1), 15-26.
- O'Brien, C. (2012). Sustainable happiness and well-being: Future directions for positive psychology. *Psychology*, 3(12A), 1196-1201. www.SciRP.org/journal/psych
- O'Brien, C. (2013). Happiness and Sustainability. Together at Last! Sustainable Happiness. *Canadian Journal of Education*, 36(4), 228-256.
- Parnaby, P. F. & Buffone, S. (2013). Darwin meets the King: Blending Sociology and Evolutionary Psychology to explain police deviance. *Canadian Review of Sociology/Revue Canadienne de Sociologie*, 50(4), 412-429.
- Pelechano, V., González-Leandro, P., Garcia, L. & Moran, C. (2013). Is it possible to be too happy? Happiness, personality, and psychopathology. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 13(1), 18-24.
- Pérez, A., Gutiérrez, G. & Segura, A. (2007). Observaciones conductuales en el viaje de Darwin a bordo del Beagle. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39(3), 503-521.
- Pérez-Álvarez, M. (2012). La psicología positiva: Magia simpática. *Papeles del Psicólogo*, 33(3), 183-201.
- Petersen, M. B., Sznycer, D., Cosmides, L. & Tooby, J. (2012). Who deserves help? Evolutionary psychology, social emotions, and public opinion about welfare. *Political Psychology*, 33(3), 395-418.
- Peterson, C. & Chang, E. C. (2003). Optimism and flourishing. En C. L. M. Keyes & J. Aida (Eds.), *Flourishing: Positive psychology and the life well lived* (pp. 55-79). Washington DC: American Psychological Association.
- Peterson, C., Park, N. & Sweeney, P. J. (2008). Group well-being: Morale from a positive psychology perspective. *Applied Psychology: An international review*, 57, Issue Supplement, 19-36.
- Peterson, C. & Seligman, M. E. P. (2003). Character strengths before and after September 11. *Psychological Science*, 14(4), 381-384.
- Peterson, C. & Seligman, M. E. P. (2004). *Character strengths and virtues. A handbook and classification*. Washington DC: American Psychological Association - Oxford University Press.
- Pham, M. N., Barbaro, N. & Shackelford, T. D. (2015). Development and initial validation of the Coalitional Mate Retention Inventory. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 4-12.
- Platón (1980). *La República o el Estado*. Madrid: Edaf.
- Ploeger, A. (2010). Evolutionary psychology as a metatheory for the social sciences. *Integral Review*, 6(3), 164-174.
- Ploeger, A., van der Maas, H. L. J. & Raijmakers, M. E. J. (2008). Is evolutionary psychology a metatheory for psychology? A discussion of four major issues in psychology from an evolutionary developmental perspective. *Psychological Inquiry*, 19(1), 1-18.
- Post, S. G. (2005). Altruism, happiness, and health: It's good to be good. *International Journal of Behavioral Medicine*, 12(2), 66-77.
- Povinelli, D. J. (2000). *Folk physics for apes. The chimpanzee's theory of how the world works*. New York: Oxford University Press.
- Price, M. E. (2015). Bodily attractiveness and egalitarianism are negatively related in males. *Evolutionary Psychology*, 13(1), 140-166. www.epjournal.net
- Puts, D. A. (2010). Beauty and the beast: mechanisms of sexual selection in humans. *Evolution and Human Behavior*, 31(3), 157-175.
- Quinsey, V. L. (2002). Evolutionary theory and criminal behavior. *Legal and Criminological Psychology*, 7(1), 1-13.
- Regal, B. (2004). *Human evolution. A guide to the debates*. Santa Bárbara: ABC-CLIO.
- Restrepo, J. E. (2008). Biología evolutiva y psicología evolucionista. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 37(3), 428-451.

- Rettew, J. G. & Lopez, S. J. (2008). Discovering your strengths. En S. J. Lopez (Ed.), *Positive Psychology. Exploring the best in people. Volume 1: Discovering human strengths* (pp. 1-21). Westport: Praeger.
- Richards, R. J. (2003). Darwin on mind, morals and emotions. En J. Hodge & G. Radick (Eds.), *The Cambridge Companion to Darwin* (pp. 92-115). New York: Cambridge University Press.
- Richardson, R. C. (2007). *Evolutionary psychology as maladapted psychology*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Roberts, S. C. (Ed.) (2012). *Applied Evolutionary Psychology*. New York: Oxford University Press.
- Robinson, D. N. (1990). Wisdom through the ages. En R. J. Sternberg (Ed.), *Wisdom: Its nature, origins, and development* (pp. 13-24). New York: Cambridge University Press.
- Rogers, C. (1977). *Psicología centrada en el cliente. Práctica, implicaciones y teoría*. Buenos Aires: Paidós.
- Romanes, G. J. (1884). *Animal intelligence*. New York: D. Appleton and Company.
- Rousseau, J. J. (1762/1979). *Emilio o la Educación*. Barcelona: Bruguera.
- Ruse, M. (2008). *Charles Darwin*. Malden: Blackwell.
- Russell, B. (1930). *The conquest of happiness*. London: George Allen & Unwin Ltd.
- Ryff, C. D. & Singer, B. (2003). Flourishing under fire: Resilience as a prototype of challenged thriving. En C. L. M. Keyes & J. Aitd (Eds.), *Flourishing: Positive psychology and the life well lived* (pp. 15-36). Washington DC: American Psychological Association.
- Salmon, C. A. & Shackelford, T. K. (2008). *Family relationships. An evolutionary perspective*. New York: Oxford University Press.
- Salovey, P. & Grewal, D. (2005). The science of emotional intelligence. *Current Directions in Psychological Science*, 14(6), 281-285.
- Salovey, P. & Mayer, J. D. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition, and Personality*, 9(3), 185-211.
- Schmitt, D. P., Jonason, P. K., Byerley, G. J., Flores, S. D., Illbeck, B. E., O'Leary, K. N. & Qudrat, A. (2012). A reexamination of sex differences in sexuality: New studies reveal old truths. *Current Directions in Psychological Science*, 21(2), 135-139.
- Schwartz, B. & Sharpe, K. E. (2006). Practical wisdom: Aristotle meets positive psychology. *Journal of Happiness Studies*, 7(3), 377-395.
- Segura Díez, M. C. & Ramos Linares, V. (2009). *Psicología de la Felicidad. Avances en Psicología*, 17(1), 9-22.
- Sela, Y., Shackelford, T. K., Pham, M. N. & Euler, H. A. (2015). Do women perform fellatio as a mate retention behavior? *Personality and Individual Differences* 73(1), 61-66.
- Seligman, M. E. P. (2002). *Authentic happiness. Using the new positive psychology to realize your potential for lasting fulfillment*. New York: Free Press.
- Seligman, M. E. P. (2006). *Learned optimism. How to change your mind and your life*. New York: Vintage.
- Seligman, M. E. P. (2008). Positive health. *Applied Psychology: An international review*, 57, Issue Supplement, 3-18.
- Seligman, M. E. P. & Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive psychology: An introduction. *American Psychologist*, 55(1), 5-14.
- Seligman, M. E. P., Railton, P., Baumeister, R. F. & Sripada, C. (2013). Navigating into the future or driven by the past. *Perspectives on Psychological Science*, 8(2), 119-141.
- Seligman, M. E. P., Steen, T. A., Park, N. & Peterson, C. (2005). Positive psychology progress. Empirical validation of interventions. *American Psychologist*, 60(5), 410-421.
- Seligman, M. E. P., Verkuil, P. R. & Kang, T. H. (2005). Why lawyers are unhappy. *Deakin Law Review*, 10(1), 49-66.
- Shackelford, T. K., Buss, D. M. & Weekes-Shackelford, V. A. (2003). Wife killings committed in the context of a lovers triangle. *Basic and Applied Social Psychology*, 25(2), 137-143.
- Shackelford, T. K. & Hansen, R. D. (Eds.) (2014). *The evolution of violence*. New York: Springer.
- Shrira, I. (2013). Guns, germs, and stealing: Exploring the link between infectious disease and crime. *Evolutionary Psychology*, 11(1), 270-287. www.ejournal.net
- Skinner, B. F. (1981). Selection by consequences. *Science*, 213(4507), 501-504.
- Smith, E. A. (2000). Three styles in the evolutionary analysis of human behavior. En L. Cronk, N. Chagnon & W. Irons (Eds.), *Adaptation and human behavior. An anthropological perspective* (pp. 27-46). New York: Aldine de Gruyter.
- Smith, L. D. (1990). Metaphors of knowledge and behavior in the behaviorist tradition. En D. E. Leary (Ed.), *Metaphors in the history of psychology* (pp. 239-266). New York: Cambridge University Press.
- Spencer Jennings, H. (1906). *Behavior of the lower organisms*. New York: The Columbia University Press.
- Staats, A. W. (1991). Unified positivism and unification psychology: Fad or new field? *American Psychologist*, 46(9), 899-912.
- Stephens, W. O. (2007). *Stoic ethics. Epictetus and happiness and freedom*. London: Continuum.
- Sternberg, R. J. (2003). *Wisdom, intelligence, and creativity synthesized*. New York: Cambridge University Press.
- Sternberg, R. J. (2012). Una teoría balance de la sabiduría. *Persona*, 15, 19-39.
- Sternberg, R. J. (2013). Personal wisdom in the balance. En M. Ferrari & N. M. Weststrate (Eds.), *The scientific study of personal wisdom. From contemplative traditions to neuroscience* (pp. 53-74). New York: Springer.
- Sternberg, R. J. & Grigorenko, E. L. (2001). Unified psychology. *American Psychologist*, 56(12), 1069-1079.
- Stevens, A. & Price, J. (2013). *Evolutionary Psychiatry. A new beginning*. New York: Routledge, Segunda Edición.
- Swami, V. (2007). Evolutionary Psychology: 'New Science of the Mind' or 'Darwinian Fundamentalism'? *Historical Materialism*, 15(4), 105-136.
- Symons, D. (1979). *The evolution of human sexuality*. New York: Oxford University Press.
- Thomae, M. & Viki, G. T. (2013). Why did the woman cross the road? The effect of sexist humor on men's rape proclivity. *Journal of Social, Evolutionary, and Cultural Psychology*, 7(3), 250-269.
- Thompson, M. (Comp.). (2002). *The wisdom of the ancient Greeks*. Oxford: Oneworld.

- Thornhill, R. & Palmer, C. T. (2000). *A natural history of rape. Biological bases of sexual coercion*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Thornton, H. (2005). *State of nature or Eden? Thomas Hobbes and his contemporaries on the natural condition of human being*. Rochester: University of Rochester Press.
- Thorpe, W. H. (1982). *Breve historia de la etología*. Madrid: Alianza.
- Tolman, C. W. (1989). The general psychological crisis and its comparative psychological resolution. *International Journal of Comparative Psychology*, 2(3), 197-209.
- Tomasello, M. (2004). The human adaptation for culture. En F. M. Wuketits & C. Antweiler (Eds.), *Handbook of Evolution: The evolution of human societies and cultures* (pp. 1-23). Weinheim: Wiley-VCH Verlag GmbH & Co.
- Tooby, J. (1985). The emergence of evolutionary psychology. En D. Pines (Ed.), *Emerging syntheses in science* (pp. 106-122). Santa Fe: Santa Fe Institute.
- Tooby, J. & Cosmides L. (1989a). Adaptation versus phylogeny: The role of animal psychology in the study of human behavior. *International Journal of Comparative Psychology*, 2(3), 175-188.
- Tooby, J. & Cosmides L. (1989b). Evolutionary Psychology and the generation of culture, Part I. Theoretical considerations. *Ethology & Sociobiology*, 10(1), 29-49.
- Tooby, J. & Cosmides L. (1990). On the universality of human nature and the uniqueness of the individual: The role of genetics and adaptation. *Journal of Personality*, 58(1), 17-67.
- Tooby, J. & Cosmides L. (1992). The psychological foundations of culture. En J. H. Barkow, L. Cosmides & J. Tooby (Eds.), *The adapted mind. Psychology and the generation of culture* (pp. 19-136). New York: Oxford University Press.
- Tooby, J. & DeVore, I. (1987). The reconstruction of hominid behavioral evolution through strategic modeling. En W. G. Kinzey (Ed.), *The evolution of human behavior: Primate models* (pp. 183-237). Albany: SUNY Press.
- Trafimow, D. & Gambacorta, D. (2012). How obvious are hypothesis in evolutionary psychology? *Journal of Social, Evolutionary, and Cultural Psychology*, 6(1), 1-12.
- Trémolière, B. & Kaminski, G. & Bonnefon, J. F. (2015). Intrasexual competition shapes men's anti-utilitarian moral decisions. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 18-22.
- Trevathan, W. R., Smith, E. O. & McKenna, J. J. (Eds.) (1999). *Evolutionary Medicine*. New York: Oxford University Press.
- Trivers, R., Palestis, B. G., Fink, B. & Manning, J. T. (2015). Is foot asymmetry a correlate of hand performance asymmetry? Evidence from the Jamaican Symmetry Project. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 13-17.
- Troisi, A. (2012). Mental health and well-being: Clinical applications of Darwinian psychiatry. En S. C. Roberts (Ed.), *Applied Evolutionary Psychology* (pp. 276-289). New York: Oxford University Press.
- Tsouna, V. (2004). *The epistemology of the Cyrenaic school*. New York: Cambridge University Press.
- Van den Berg, P., Fawcett, T. M., Buunk, A. P., Weissing, F. J. (2013). The evolution of parent-offspring conflict over mate choice. *Evolution and Human Behavior*, 34(6), 405-411.
- Von Hippel, W. & Trivers, R. (2011). The evolution and psychology of self-deception. *Behavioral and Brain Sciences*, 34(1), 1-56.
- Ward, T. & Durrant, R. (2011). Evolutionary behavioural science and crime: Aetiological and intervention implications. *Legal and Criminological Psychology*, 16(2), 193-210.
- Waterman, A. S. (2013). The humanistic psychology-positive psychology divide: Contrasts in philosophical foundations. *American Psychologist*, 68(3), 124-133.
- Watson, J. B. (1914). *Behavior. An Introduction to Comparative Psychology*. New York: Henry Holt and Company.
- Weege, B., Barges, L., Pham, M. N., Shackelford, T. D. & Fink, B. (2015). Women's attractiveness perception of men's dance movements in relation to self-reported and perceived personality. *Evolutionary Psychological Science*, 1(1), 23-27.
- Weekes-Shackelford, V. A. & Shackelford, T. K. (Eds.) (2014). *Evolutionary perspectives on human sexual psychology and behavior*. New York: Springer.
- White, N. (2006). *A brief history of happiness*. Malden: Blackwell.
- Wilson, E. O. (1998). *Sociobiology: The abridged edition*. Cambridge: The Belknap Press, Séptima Impresión.